

VIAJE  
DE UN  
MATURRANGO

POR

TOMÁS BATHATA

*(Juan Ambrossetti)*

ILUSTRACIONES DE NORIS ZUCOFF

*Ambrossetti J. B.*



CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES

LA PLATA

Esq. San Martín y Cangallo

Boulevard Independ., esq. 53

ROSARIO

522—Calle San Martín—524

1898





**EL AUTOR EN TRAJE DE VIAJE**



A mis amigos



## CIENT PALABRAS AL LECTOR.

---

• Siendo costumbre dedicar al lector dos, cuatro ó seis palabras, no quiero pasar por descortés y como no soy avaro, le dedico cien, nada más que cien, supongo que le bastarán.

Lo consignado en las páginas siguientes es verdad, no he hecho sino copiar más ó menos mal del natural.

Como no tengo estilo, lo confieso sinceramente sin desesperarme por eso, puede que ingrese á la Sociéte des Macaneurs; por falta de exactitud nó.

Mis amigos íntimos tienen la culpa de que se publique este viaje, caiga sobre ellos el anatema de los lectores desengañados.

Deseándole buena digestión saluda atentamente

T. B.





# CAPITULO I

## Mi primer viaje

LAS FLUSIONES Á LOS VEINTE AÑOS.—ANGUSTIAS.—¿POR QUÉ HICE ESTE VIAJE?—LO QUE VALE EL AMOR PROPIO.—UN EMBARQUE DIFÍCIL.—A BORDO DEL TARAGUY.—OBSERVACIÓN EMPORTANTE EN EL PARANÁ.—LOS COMPULSADORES.—LLEGADA Á CORRIENTES.—AL CHIARO DE LUNA.—LOS EFECTOS DE UN CIGARRO CAMPANUDO.—DE CORRIENTES Á GOYA.—EL RIACHO DE GOYA.



UNA noche del mes de Marzo del año 1885 presentaban en mi casa al Capitán D. Antonio A. Romero, del entonces Batallón de Infantería de Marina, que estaba de guarnición en la línea del Chaco, Norte de Santa Fe.

El Capitán Romero era muy aficionado á las ciencias naturales, poderoso motivo para que entablásemos pronto una franca y cordial amistad; lo visité, nos visitamos y desde entonces, ya en casa revisando mis colecciones, ya en la suya haciendo experimentos en

su magnífico laboratorio, pasábamos las noches alegremente en compañía de varios otros aficionados.

Otra noche, estando en casa de nuestro distinguido amigo el Dr. Holmberg, hablando del Chaco, Romero que tenía que ir allá me invitó que lo acompañara. Acepté sin vacilaciones, ya podía ir, cosa imposible en los viajes anteriores que se habían efectuado y en los cuales algunos amigos tomaban mi negativa de acompañarlos, no por causa de que mis padres me negaran su consentimiento, sino por un poco de miedo.

Pero si ellos hubieran sabido con qué sentimiento mezclado de envidia y deseos los veía partir, poco á poco, en las distintas expediciones anteriores; qué ganas de meterme en el vapor me asaltaban en la Boca al estrecharles la mano dándonos las últimas despedidas.

Si hubieran visto las vueltas sombrías que hacía á mi casa, con el postrer silbido del vapor en los oídos todavía, y el humor de perros que conservaba por semanas y que se

aumentaba más cada vez que recibía noticias de ellos: no lo hubieran pensado así.

Al fin también llegó mi día: iba á partir.

¡¡¡Un viaje al Chaco!!!

Acariciado tanto tiempo, soñado tantas veces y deseado con el alma toda.

Finalmente, daría una satisfacción á mi amor propio herido, hubiera ido al infierno por tal de ir á alguna parte.

Tendría término mi lucha desesperada de la impotencia de un muchacho de familia, á quien sus padres prudentemente detienen en su carrera desenfrenada á que arrastra muchas veces la sed de lo desconocido, sin experiencia y sin reflexión.

Ya estaba más maduro y valiéndome de cualquier pretexto podía marchar.

Mi aceptación cayó como una bomba entre mis amigos. Holmbèrg sonreía paternalmente; Pitaluga se tiraba la nariz moviendo la cabeza como dudando, otros me felicitaban, Romero se alegraba de tener compañero, tanto más que llevaba la paga de varios meses del batallón, una bonita suma; y

en medio de aquella reunión en la sala de Holmberg que llenaba una inmensa biblioteca, que tantas veces había revuelto radiante y lleno de satisfacción fumaba aparentando tranquilidad, un cigarrillo, como un hombre á quién sucedía la cosa más natural, mientras en mi interior no cabía de contento.

Me hubiera puësto á saltar si no hubiese pensado en aquel momento que todo explorador debía ser serio.

La reunión se disolvió muy tarde; nos fuimos con Romero á la Rotisserie; en cuatro palabras me explicó el itinerario y fijó para pocos días después la marcha.

Esa noche me fué imposible dormir: selvas vírgenes, tigres, indios, aventuras á lo Julio Verne, todo desfiló por mi imaginación sobrexitada al grado más alto de contento; me acometían deseos de saltar de la cama y empezar á arreglar ya mis pertrechos.

Es muy lindo tener veinte años y el cerebro lleno de ilusiones.

Oreo firmemente que el placer entonces experimentado, debe ser algo parecido al de

los novios que después de muchas contrariedades y mucho esperar se casan.

El arreglo de la casa, el canastillo y todos esos trabajos preliminares de una boda, llenos de agitación y movimiento, matizados de continuas alegrías y contratiempos, por cualquier cosa ú objeto, que como las pajas de un nido van poco á poco acumulándose para formarlos, es semejante á los preparativos de viaje de un explorador novicio.

Las armas, municiones, redes, cajas, frascos, papeles, instrumentos, provisiones, medicamentos con su objeto determinado, obligándolo á correr por todas partes, comprarlo, elegirlo y ordenarlo para estar pronto con sus maletas repletas y una gran dosis de buena voluntad el día de la marcha.

21 DE JULIO DE 1885

Fecha memorable en los anales de mi vida, á las 11 y  $\frac{1}{2}$  de la mañana, después de haber dicho á mi familia que me iba al Paraná y de abrazarla con un poco de remordimiento por haber mentado, llegábamos á

la Boca del Riachuelo en momentos que el vapor Taraguay dando su tercer pitada se desprendía de su amarradero.

Nosotros estábamos, pero el asistente del Capitán Romero, Benítez á quien habíamos mandado con nuestro equipaje en un carro, no llegaba.

El vapor no podía esperar y nosotros no deseábamos quedarnos.

De Benítez ni rastro, la ansiedad aumentaba; un botero nos ofrece alcanzar después el vapor, un pillete corre á buscar á Benítez para hacerle apurar la marcha; me había puesto verde, sentía un sudor frío, que me corría por todo el cuerpo, ya me parecía volver cabibazjo á Buenos Aires con la excusa estúpida de haber perdido el vapor. |||Perder el vapor en mi primer expedición!!! nombre pomposo que daba á mi viaje.

Decididamente tenía la *guigne*.

Romero más práctico que yo, no quitaba la vista en dirección á la ciudad, de pronto dijo: ahí viene y al mismo tiempo gritó al capitán, ya está aquí atraque un poco.

En ese momento al virar el vapor nos presentó la popa.

Yo no sé como fué, pero vi volar por sobre mi cabeza, baules, maletas, Winchesters.



tarros, paquetes, y cuando acordé respiré dentro del camarote N° 26 donde nos instalamos.

El vapor había concluido su evolución y á media marcha empezó á andar para salir de aquel enjambre de buques que allí se

apiñaban, mientras muy ufano apuntaba con prolijidad la hora de salida y las primeras observaciones metereológicas del barómetro y termómetro que llevábamos, en mi libreta de tapas negras.

Famosa libreta que aun me acompaña, sirviéndome de agradable pasatiempo cuando aburrido empiezo á hojearla, leyendo con cariño sus páginas llenas de niñerías, escritas con la mayor candidez.

La campanilla nos anunció la entrada triunfal de la sopa en el comedor, nos sentamos á la mesa, comimos con buen apetito, olvidando muy pronto mis emociones.

No bien concluimos de almorzar salí sobre cubierta para contemplar el espectáculo del viaje.

Mi libreta funcionaba atrozmente, ya tenía consignados los nombres del capitán, comisario, pasajeros y hasta una cucaracha que cazé en el camarote fué á parar en ella con su nombre científico.

Esa tarde también incluí á Martín García con su lazareto pintado de rojo, sus ca-



ñones que vi, poco menos que tirados sobre la playa, cuando pensaba encontrarlos mostrando sus mortíferas bocas por entre las troneras de algún castillo feudal de granito.

Llegó la noche y me acosté; tenía escritas ocho páginas con letra menuda.

Al día siguiente 22, arribamos á San Nicolás y Rosario donde bajamos á pasear un poco y el 23 á las 9 al Paraná.

Como debíamos quedarnos hasta las 12, tomamos el tramway y dimos una gran vuelta por la ciudad que me fué sumamente simpática.

Como observación importante que encuentro en mi libreta, es el café que tomamos en la plaza, muy cargado en comparación á las achicorias de Buenos Aires.

A las 12 de la noche llegamos á la Paz, donde casi me voy al agua al pasar por el pontón abominable que le sirve de muelle.

El 24 pasamos á las 9 y  $\frac{1}{2}$  por la Esquina, á las 3 por Mal-Abrigo, costa del Chaco donde apunté al Resguardo y otros ranchos de madera sobre pilares altos, comparándo-

los á las habitaciones lacustres que había visto dibujadas en la obra de Figuiet.

A las 8 llegamos á la Boca del Riacho de Goya, donde recogimos pasajeros, entre los.



que había algunos que decían iban á compulsar la situación de Corrientes, con motivo de los sucesos de la revolución de Toledo.

Estos pagaron también sus tributos á la libreta con el título de compulsadores, pero

más bien parecían conspiradores de Madame Angot.

El 25 llegamos á las 6 de la mañana á Bella Vista, á las 2 de la tarde al Empeдрado y á las 6  $\frac{1}{2}$  á Corrientes.

Corrientes! heróica provincia, cuna de San Martín, víctima primera de la invasión Paraguaya, en cuyas calles nuestros soldados recogieron en aquella guerra bárbara los primeros laureles, teñidos con la sangre generosa de sus pechos, y zahumados con la pólvora sacrosanta que se quemaba en holocausto de la patria injuriada!

Corrientes! melancólica ciudad, cuyas casas durante seis años, sirviendo de hospital de sangre, parecen aún registrar los ayes de los heridos y los últimos suspiros de los que morían lejos de su familia, de sus hogares y de los suyos, sostenidos y vivificados por el amor y la abnegación de la santa mujer argentina.

Pobre Corrientes!! después de tanta amargura, como si no fuera bastante, tus mismos hijos te desgarran el seno, chocando sus ar-

mas en lucha fratricida, á la luz siniestra del incendio entre los horrores del saqueo.

¡Qué impresión dolorosa me causó la ciudad! En sus calles no se veía más que soldados de la Intervención Nacional y no se hablaba de otra cosa sino de las atrocidades de los insurrectos en la campaña.

Todo estaba entonces descuidado, la edificación muy poco parece se había preocupado en cuanto al ornato y al cuidado de la ciudad. Muchas veredas me recordaban nuestros antiguos terceros, y en la plaza principal pastaban tranquilamente una vaca con cría.

Donde observé animación fué en el mercado: allí el pintoresco guarany hablado por un sin número de mujeres vendiendo chipá, velas de sebo, chicharrones, naranjas, cigarros, carne, maíz, etc., cada una delante de su banquito ó montón de mercaderías colocadas en el suelo, ofreciéndolas gritando, discutiendo con sus parroquianas que sostenían en la cabeza un enorme canasto de paja, equilibrándolo con movimientos suaves del cuerpo, que hacían mecer con va-

gas ondulaciones sus talles graciosos y sus caderas amplias, señaladas por la pretina de las enaguas, cuya blancura contrastaba con el color trigueño de los brazos y caras, y envueltas en el humo azulado de sus grandes cigarros de hoja en forma de campana, que llevaban á un lado de la boca. En los rincones algunas indias sucias y desgredadas vendían también sus mezquinos productos: mudas como estatuas de bronce humano, que bien podían representar la miseria en su más viva expresión.

Todo ese conjunto abigarrado, esos diversos colores vivos en su mayor parte, ese chillido continuo, ese chisporroteo de frases femeninas, en medio del edificio amplio del mercado, me hacían el efecto de una inmensa jaula de cotorras como las que suelen traer los vapores del Paraguay.

Aturdido, salí sin haber entendido ni jota de lo que decían y empecé á recorrer las iglesias, en las que no encontré nada de particular. El cabildo parecía un castillo en ruínas, tanta falta le hacía el blanqueo y después

de mucho andar entré á la Biblioteca pública, benéfica institución que contaba con doce años de existencia y dos mil setecientos volúmenes, sostenida por el esfuerzo de sus socios, sin subvención por parte del Gobierno.

Infructuosamente busqué en su catálogo el drama geográfico universal que hubiera leído con gusto.

En el patio de una casa vi una curiosidad botánica: sobre la orqueta de un naranjo, una higuera salvaje había crecido cubriéndolo en gran parte con sus raíces.

Todo el dia lo empleé en recorrer la ciudad curioseando un poco; existían todavía muchas casas con corredores á la calle, techados con teja de palma, sostenidos por gruesos pilares de madera labrada, en donde el escaso ingenio de los artistas se había multiplicado en la confección de chapiteles á cual más raro y curioso.

De noche volvimos á salir; cuantos tropezones pegué por esas veredas de Dios, mientras no dejaba de envidiar un poco á

algunos milicos que habían armado bailecitos por las casas de la orilla, naturalmente para el uso exclusivo de sus personas.

Las guitarras tocaban esas polkas correntinas interminables, que allí se bailan durante un cuarto de hora sin descanso, perspectiva muy linda para ellos, pero que amigülaría á cualquiera de nosotros, acostumbrados á ofrecer galantemente el brazo á nuestra compañera, después de un minuto, por temor de que se agiten demasiado.

Esa gente no se preocupa mucho de estas cosas, la cuestión es bailar y dele duro; bastante tiempo tienen después para descansar, al fin y al cabo para eso van al baile.

Quién sabe cuando, las viejas, vuelvan á llevarlas á otro.

Porque, eso de pasar la noche sentada, fumando y á mate amargo, es cuestión muy seria; siquiera los mozos fuesen más atentos con ellas, pero á lo mejor las tratan de vieja perra, cuando por bien de las muchachas que nunca quieren comprender las cosas, uno las aconseja medio como la gente.

Todas estas reflexiones sesudas, me hacía una vieja sentada cerca de una puerta, desde donde miraba el baile, con la que me entretuve tirándole de la lengua para hacerla hablar.

Me habría divertido mucho más, sino me hubiese asfixiado con un cachimbo campanudo que hacía funcionar á cada momento, ahogándome en una nube de humo terriblemente horrible, y eso que soy un fumador impenitente.

Cantando la polka de los clamores, dejé al guitarrero y salí porque no podía resistir más, la feroz fumigación de la vieja, que parece se había propuesto ahuyentar así á los mirones.

Una luna espléndida acababa de iluminar la ciudad, algún pascante retardado caminaba presuroso; á lo lejos se oían los ecos del baile, apenas se distinguía ya la voz del cantor guarany cuya melodía cadenciosa semejaba una *rêverie* árabe.

La ciudad dormía y sólo interrumpían su silencio, el golpe seco dado á la culata del fusil de los centinelas.



Llegamos al hotel sin ganas de dormir, y temprano salimos en el « Guarany » con destino á Goya para tomar allí el vaporcito que debía conducirnos á Reconquista.

Á bordo nada de particular, muchos loros, naranjas, yerbas, dos monos y varias paraguayas que iban aguas abajo, perfectamente bien vestidas con ricos rebozos de espumilla, muchos anillos y grandes aros de oro; después supe que eran comerciantes.

Á la tarde nos trasbordamos al vaporcito « Correntino » y empezamos á andar por entre el riacho de Goya.

Copio de mi libreta mis impresiones:

El vapor á media fuerza rompiendo la corriente hacía temblar todo su casco.

Contemplando el paisaje que se desarrollaba poco á poco, esperaba la hora de cenar; el riacho angosto se perdía en sus vueltas, acompañado por sus dobles fajas de camalotes que al ser mecidos por las aguas que cortábamos, nos saludaban con sus graciosos ramilletes de flores azules.

Pasamos delante de un varillar de sauces,

cuyas hojas largas se rizaban golpeándose entre sí con la brisa de la tarde.

La barranca siguiendo caprichosas ondulaciones se elevaba, se sumergía, volvía á elevarse, mostrando de vez en cuando la boca de algún arroyito bajo la bóveda de los árboles, que parecían cubrirlo cariñosamente.

Las margaritas de flores amarillas llenando como un tapiz el suelo, recibían el beso de alguna mariposa blanca, que al detenerse sobre ellas las hacía estremecer voluptuosamente.

Los árboles ostentaban el verde de sus hojas, y los últimos rayos del sol quebrándose en ellas, aumentaban su esplendor dándoles un aspecto lustroso, cambiándose sus tintes desde el pálido amarillo hasta el verde botella, con una profusión de tonos admirable y en medio de esta monotonía de color, matas de cortadera balanceaban suavemente sus plumeros blancos.

Como avergonzados de tanta vida é impotentes, los árboles añosos, retorcían desesperados sus brazos negros y desnudos, como

queriéndose librar de las enredaderas, que llenas de exuberancia los asaltaban. Otros ya vencidos, soportaban sobre sus hombros seculares el peso de ellas que los amarraban al suelo con sus delgados tallos, mientras las más gruesas ciñéndoles el tronco parecían enormes serpientes enroscadas, y como condolidas de tanta desnudez, las flores del aire y las orquídeas, vestían sus brazos con sus mechones de hojas salpicadas de flores.

Alguna palmera solitaria sobresaliendo de los demás árboles, cubría con su cabellera su enorme racimo fructífero; en último plano el monte cerrado mostraba su masa impenetrable y llena de sombras.

Las bandadas de patos cruzaban el espacio en líneas regulares, lanzando sus gritos característico.

Incendiando el horizonte el sol se ocultaba, las aguas del riacho cambiaban de color, y una que otra estrella empezaban á mostrar su luz titilante.

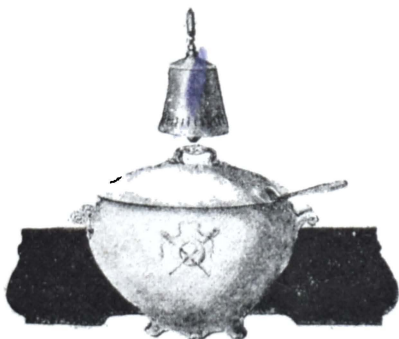
Un yacaré se lanzó al agua; batiéndola furiosamente con su cola poderosa.

Sobre un tronco caído y lleno de resaca se posaba una garza destacando su blancura.

Los timbó, alicios, canelones, laureles, sauces y curupis, ya solos, en grupos ó cargados de enredaderas, se sucedían interminables, como las vistas de un esteróscopo, y siempre detrás de ellos el monte tornándose negro.

Una claridad difusa nos envolvía, los árboles y el paisaje desaparecían envueltos en sombras, iluminados solo por las chispas de las luciérnagas que cruzaban entre ellas.

Y, mientras absorto contemplaba tanta belleza, tuve que defenderme de una nube de mosquitos que nos cargó de un modo atroz.



## CAPÍTULO II

### En Reconquista

GOYA. — EN VIAJE Á RECONQUISTA. — DESDE EL PUERTO AL PUEBLO. — EL HOTEL. — LAS HAZAÑAS DEL COATI. — EL AGUA MILAGROSA. — LA HÍSTÉRICA. — EL VELORIO DEL ANGELITO. — UNA VÍCTIMA. — LLEGAN LAS MULAS. — MIS DISPOSICIONES ECUESTRES. — EN MARCHA PARA LAS TOSCAS.



GOYA es un lunar en Corrientes, sino se oyera hablar guaraní en sus calles, se creería estar en alguna ciudad de Entré Rios ó Santa Fe.

Su edificación moderna, sus casas blanqueadas desprovistas de corredores, su comercio activo é importante; todo en fin, le da un aspecto especial y propio.

Corrientes es una ciudad política, Goya es comercial, los extremos son opuestos.

Pasamos la noche en Goya; saliendo al otro día 29 temprano para el puerto, que dis-

ta bastante de la ciudad, no sin antes visitar los espléndidos naranjales que la rodean donde los loros y pájaros se regalan con las doradas frutas, comiendo su interior por un agujero que practican y dejando la cáscara intacta.

Por el camino cazamos muchos insectos y arañas, sobre todo la célebre *Epeira socialis* que cubre con su tela consistente los árboles cerca del puerto.

Si D'Orbigni llevó á Francia de vuelta de su viaje tantas telas como para hacerlas hilar y fabricarse un pantalón, creo que en Goya, en ciertas épocas podían cargarse carros de ellas.

Cuando llegábamos al puerto el vapor remolcador Alfredo B, estaba listo, con una gran chata al costado cargada de caballos.

Dos horas después llegamos al puerto de Reconquista, que no tenía sino unas 3 ó 4 casas ó más bien dicho ranchos con techos de palma y una de zinc.

Allí nos esperaba el señor Ramayón con una canoa para cruzar el inmenso bañado

que se hallaba crecido y que teníamos forzosamente que pasar, para llegar al pueblo.

Nos embarcamos, menos Benítez que seguía á caballo, cargamos nuestros pertrechos y un coati que compramos en Goya.

El bañado parecía un mar, pero un mar verde cubierto como estaba de camalotes de hoja chica, del que sobresalían de vez en cuando las copas de los tacurus y uno que otro arbolito lleno de garzas y patos reales.

Durante el trayecto nos divertimos dos veces con el coati que se tiró al agua creyendo seguramente fuese tierra, dándose un buen baño.

Al rato de navegar tuvimos que hacer arrastrar á la cincha la canoa porque había poca agua; por fin, á fuerza de trabajo llegamos á tierra firme, bajando á babuchas de Benítez.

En un rancho nos prestaron un caballo, dejamos á Benítez encargado de los equipajes para mandarlos buscar después con un carro.

Ramayón en un caballo y yo enancado en

el de Romero, hicimos nuestra entrada solemne en Reconquista, con gran refocilamiento de los que nos veían en esa poco elegante posición.



A pesar de los ofrecimientos de Ramayón nos pareció mejor ir al Hotel.

El Hotel de Reconquista en aquel tiempo era notable: formaba esquina un salón con



un inmenso billar en cuyo cuerpo se hallaban figuradas en mosaicos de madera, las principales escenas de los animales parlantes, leones vestidos de burgueses, cuervos de avaros, garzas de damiselas, loros de porteros, burros de maestros de escuela, gansos de generales, etc.

Su paño color rata verde, lleno de tiza, clamaba por una cepillada, con cinco pego-  
tes de tafetan para colocar los palos de casín que amarillos y tirados sobre él, parecían muertos abandonados en un campo de batalla; dos tacos enormes, alargados como postes de telégrafo derribados por las balas de cañón, representadas por las bolas diseminadas sobre la mesa, inertes ya, parecían como cansadas de tanto correr, empujadas y rechazadas siempre.

En la pared, un aparato contador con los números borrados y las bolillas sucias, y en un rincón los tacos desarreglados, mochos, cachados, llenos de tiza y de huellas de dedos más ó menos grasosos, como los cirios después de una procesión que el sacristan acu-

mula presuroso sin cuidarse de su orden.

Unas cuantas sillas y mesas de mármol, que debió ser blanco, cargadas con cuanta mancha imaginable, completaban el ajuar de la sala de billar.

En uno de los frentes de la pieza que formaba martillo, un armazón de pino pintarrageado cargado de botellas con etiquetas abigarradas de colores llamativos, contenían bebidas á cual más reventativa y falsificada; no faltando entre ellas las populares: elixir Garibaldi, licor de rosa, diversos vermouths, menta, ajeno para hacer suisés y ginebra marca Llave en el frasco, constantemente lleno del contenido de una damajuana escondida al lado de un balde de agua detras del mostrador, el que para mayor limpieza estaba forrado con zinc; sobre él en una bandeja incolora, se acomodaban una serie de vasos de todas las formas y tamaños, principalmente los muy gruesos y de poco contenido,

Por las paredes, colgados, algunos cuadros representaban con colorinches varias

escenas de la vida de Genoveva de Bravante y el retrato de Napoleón III.

En el comedor, alineadas, unas mesas tendidas con manteles, que más bien parecían mapas polícromos, predominando entre los colores el morado del vino, el amarillo del huevo y el negro del café; botellas cónicas de kirch con agua, botellas de vino con el corcho atado al gollete por un piolín, aceiteras de madera negra, cubiertos de composición, servilletas dentro de aros blancos y unos sapos de loza llenos de palitos, esperaban al cliente para ejercer sus funciones.

Fuera, en el patio, dos piezas techadas de paja, con catres cubiertos por una colcha de cretona pintada de grandes flores descoloridas, un lavatorio de fierro, palangana y jarra de lata, una mesita de pino negro, con un candelero amarillo y vela de sebo, representaban el mobiliario del cuarto de huéspedes que nosotros ocupamos dejándolo embarrado con nuestro equipaje.

Como para no dejar de hacer algo, el coati á quien Benítez ató á las patas del lavatorio,

lo hizo caer, inundando el cuarto con el agua que el hotelero había colocado en la jarra y palangana; felizmente estas eran á prueba de..... coati, lo que hizo que no lamentáramos desgracia.



El piso de ladrillo ávido de agua se encargó de absorberla pronto.

No nos pudimos quejar de la cena: caldo gordo, bifés con huevos, queso de chanco, dos guisotes con mucha grasa, dulce de membrillo y queso del país.

El vino no era ni Chateau Margaux ni

Pontet Canet, pero también se tragó. Carlón *for ever* Y qué carlón!!!

Al otro día temprano, fuimos hasta el monte de la Carbonera, que rodea á Reconquista, donde hicimos una buena caza entomológica.

En medio del monte, saltando troncos, haciendo á un lado enredaderas, aspirando por primera vez los perfumes embriagadores de la selva casi virgen; revolviendo hojas, arrancando cortezas, descubriéndome un mundo de insectos desconocidos para mí, que correteaban en vano en todas direcciones para caer después en el frasco de cianuro de potasio, ¡cuántas emociones probé! Cerca de las 12 regresamos á Reconquista radiantes de felicidad, pero con el estómago que no se había conformado con el churrasco y los mates matutinos.

De tarde visité la iglesia, bastante buena, pero sin cura, y el inmenso edificio de la Jefatura con su patio cuadrado, cubierto de corredores sostenido por columnas de madera.

La plaza, espléndido alfalfar casi concluido de alambrar, rodeado de paraísos, estaba ocupada por unos caballos que, previendo lo que les esperaba, se apuraban, dando dente-lladas repetidas.

Paseando, visitamos un rancho de verdadera miseria; una pobre vieja yacía parálitica, tirada sobre un montón de mugre, infeliz dejada de la mano de todos, menos de la caridad de otra pobre, que de vez en cuando, le alcanzaba algún mendrugo de los que recogía, implorando de casa en casa á nombre de las dos.

La compañera estaba con un poco de fiebre, le ofrecimos quinina y aceptó mejorándose.

Con la rapidez de un rayo, cundió la noticia de que éramos médicos, y cuando acordamos, el hotel empezó á llenarse de enfermos.

Entre las curas notables que hicimos, merece especial mención la de una histérica; la farsa nos ayudó mucho. Menciono el caso, para hacer ver lo que vale la fe.

Era una muchacha como de 15 años. bas-

tante bien parecida, y se quejaba del bolo histérico, creyendo ella que lo que se sentía subir y bajar por el pecho, fuera algún animal que se hubiera tragado.

Contradecirla era inútil, lo mejor fué después de un prolijo examen, con todo el aparato de que podíamos disponer, decirle que efectivamente allí había algo, pero que como por fortuna teníamos agua milagrosa de la virgen de Lourdes, se curaría.

Le entregamos con gran parsimonia una botella de agua del pozo, á la que habíamos agregado un poco de extracto de café para darle color, recomendándole tomase una cucharadita al levantarse y otra al acostarse, después de haber rezado tres ave-marías, tres padre-nuestros, tres gloria patri y tres cruces en el pecho, garantiéndole que al concluirse la botella de agua estaría sana... y nosotros quien sabe donde.

A las primeras cucharaditas, el agua milagrosa ya había hecho su efecto; la enferma empezó á sentirse bien, con gran contento nuestro y de ella.

La tal agua sirvió para echarle á una criatura que en esos días murió allí, cristiana, por supuesto, como que el agua era bendita.

La pobrecita ya no iría á parar al frío limbo de los niños, aquella mojadura le abriría derecho las puertas del cielo, y trasformada en angel ingresaría al conservatorio celestial, para aprender según sus condiciones pulmonares, el arpa angélica ó las trompetas que sonarán un lindo día, cuando tengamos que arreglar nuestras pequeñas cuentas con el de arriba.

Con tan fausto motivo fuimos invitados al velorio del angelito.

El rancho, bien barrido y regado á mano, tenía un aspecto alegre.

Sobre una mesa colocada en uno de los frentes, llena de paños de crochet, yuyos y flores, se hallaba vestida de blanco la criatura, cubierta con una gorrita con moños de cintas argentinas, y sus manitas yertas, con los dedos entrecruzados, tenían un ramo de azahar.



Los ojos vidriosos y abiertos miraban el techo; su boquita cerrada sin expresión y sus mejillas sin color, alumbradas por la luz amarillenta de las velas que rodeaban el cadáver, le daban un aire tranquilo de muñeca; sólo los piececitos desnudos con los dedos crispados, en el último estertor agónico, révelaban la muerte.

Todos los candeleros de la vecindad fueron puestos á contribución, y cuando faltaron éstos, sirvieron las botellas, que lloraban largas lágrimas de sebo al ser relegadas al triste papel de tener la vela.

En la cabecera, un Cristo de madera con un brazo roto y atado con hilos, y sobre éste, clavado á la pared, un cuadro con grandes flores de lata, mostraba tras el vidrio la Virgen del Carmen repartiendo escapularios á los pobres que se achicharraban en un infierno, pintado con llamas de un rojo subido.

En un rincón, sobre otra mesita, dos bandejas contenían galletitas, varios vasos, una botella de vermouth y un frasco de ginebra;

sobre un platito, unos cuantos mazos de cigarros.

A lo largo del rancho, sillas de todas formas y tamaños; muchas de las vecinas estaban ocupadas por las muchachas y viejas que desde temprano habían llegado para ayudar á la dueña de casa, que sumida en un profundo dolor y envuelta en un gran rebozo negro, platicaba tranquilamente con algunas amigas, acordándose de llorar de vez en cuando, lo que felizmente duraba poco, como los relámpagos en noche serena.

Las muchachas habían revuelto sus baules en esta ocasión; la plancha y el almidón no descansaron ese día, para volver los vestidos de percal duros y sonadores.

Las batas cortas, sin ballenas ni corsé, dibujaban talles cuadrados y caderas anchas, y sus peinados sin flequillos, en dos ondas sobre la frente, con un rosquete de trenzas atrás, estaban adornados con cintas en el medio, azules ó verdes.

Los turcos, que también por allí habían pasado, las habían provisto de anillos de

goma, azules ó colorados, aros de metal con muchas piedras, cruces de tierra santa, compradas en Buenos Aires, y pañuelos en cuyos ángulos tenían estampados entre dos palomas besándose, ó dos corazones unidos por un feroz flechazo, las palabras: *Amor eterno, luz de mi vida, recuerdo de amistad, no me olvidas, tormento de mi alma, etc.*, encerrando cada uno la historia de un idilio, en que más de un amante apasionado los hizo fieles mensajeros de sus congojas, para recibir en cambio algún otro, con su nombre bordado en pelo y dado en un descuido de la vieja, y que después ostentaba en el bolsillo de su saco, con toda la inscripción artísticamente salida para afuera, henchidos de amor propio, llenos de felicidad y dispuestos siempre en la primera oportunidad, á jugarle una mala partida á la vieja, que llegaba hasta el extremo de largarles en pleno baile un *no me la convierse mucho Don*.

Mientras las muchachas sentadas rezaban el rosario, mostrando disimuladamente por entre las enaguas sus botines á la crimea re-

servados para estos actos, los mozos, menos prácticos en materia religiosa, rondaban en el patio, mirándolas por las puertas, esperando llenos de impaciencia que acabaran de una vez, y pialando los más vivos, los mates destinados á las viejas.

El patio estaba lleno; chambergos aludos, de copa puntiaguda; mantas llenas de flecos, con el escudo ó la cabeza de un caballo en una de las esquinas; bombachas negras, pantalones ajustados, botas con caña de charol, que hacían ver estrellas á sus dueños, que las soportaban con heroísmo estoico; botines elásticos y grandes pañuelos de seda, atados al cuello, de colores vivos, era lo que se distinguía en la semi-oscuridad, moviéndose confusamente, mientras la luna luchaba con algunas nubes impertinentes que se empeñaban en cubrirla.

En uno de esos momentos de oscuridad, los fuegos de los cigarrros parecían innumerables luciérnagas que atravesaban esa masa de gente.

En la cocina, una inmensa fogata soste-

nía cuatro pavas de agua hirviendo, rodeadas por seis ú ocho viejas, con su inseparable cachimbo, que cebaban los innumerables mates que un regimiento de muchachos de ambos sexos llevaban y traían.

Después de un rato concluyó el rosario, y los primeros acordes de la orquesta de acordeón y guitarra se hicieron oír.

Empezaba el baile en honor al angelito; las polkas que había oído en Corrientes, volvían á repetirse; pronto la sala se llenó de una nube de polvo de ladrillo, levantada por los bailarines, que apiñados se estrujaban, esforzándose por llevar bien el compás.

Era inútil é imposible que las viejas gritasen que se viera luz entre el bailarín y la compañera.

La polka seguía interminable, los rostros pegados unos á los otros, se animaban, el rojo vivo coloreaba sus caras que parecían estallar, los ojos más brillantes que de costumbre miraban de un modo extraño, las bocas jadeantes, entreabiertas daban paso á

una respiración entrecortada; empujón aquí, empujón allí, nada hacía pedir una tregua, las frentes bañadas de sudor, estaban llenas de pelo pegado, los sombreros se habían echado hacia atrás, y la polka seguía.

Un olor imposible de hacinamiento humano, sudor, agua florida, y aceite de la Sociedad que empezaba á chorrear por las caras de los bailarines, todo mezclado llenaba aquel recinto.

Y la polka seguía.

Parado en la puerta no cesaba de mirar el baile sin atreverme á entrar, cuando vi salir de pronto á un bailarín que lanzando juramentos en guarany, sin esperar más, sentóse en el suelo y se sacó las botas, dando un suspiro de satisfacción.

Al infeliz lo habían pisado !

Era necesario verlo con qué fruición se agarraba los piés, renegando del velorio, de las botas y de los zapateros que nunca hacían nada bueno.

Allí hamacándose pasó un buen rato, donde lo dejé cara á cara con su dolor.

La polka había concluído, volvía á empezar el rezo cuando nos fuimõs á dormir.

Al otro día seguía el baile.

Después supe que otra vecina había pedido prestado el cadáver para velarlo en su casa: pero, como ya se notaban en él síntomas de



descomposición, la autoridad siempre paternal en estos casos, había dispuesto que de farras estaba bastante y ordenó enterrarlo.

Esa noche tuve la suerte de cazar un gusano de luz, precioso animal que emite una luz verde azulada y de un rojo rubí, que solo puedo comparar á los que se observan

en los tubos de Gessler en los experimentos de electricidad.

El Dr. Holmberg en su viaje á Misiones da una preciosa descripción de ese animal, que recomiendo á los curiosos.

También tuve en esos días un pequeño ataque de chucho, el que felizmente corté con quinina.

Si hay algo precioso que todo viajero debe llevar es la quinina; debe ser el primer medicamento de todo botiquín, es tan eficaz en efecto que yo he podido gracias á ella, precaverme del chucho, en todo viaje.

Por fin nos llegaron las mulas del campamento de Chilcas; las dejamos descansar un día y al siguiente nos pusimos en marcha en dirección á las Toscas.

Confieso francamente que no sabía andar á caballo, es decir, lo único que había hecho era pasear en caballos de alquiler desde Buenos Aires á Belgrano.

Galopaba un poco y volvía después satisfecho á mi casa con los hombros doloridos y la cintura deshecha; todo mi bagaje de



equitación era ese, y tenía delante de mí la perspectiva de unas buenas leguas de viaje, al tranco, trote y sobrepaso.

En mi interior medí las consecuencias, reflexioné bastante, discutiendo conmigo mismo la inmensa responsabilidad que me echaba encima, tendría que dar cuenta á mi individualidad de los desperfectos que por culpa mía pudiera ocasionarme.

Rumié proyectos de blandura y de comportamiento ulterior, y sin decir palabra quedé resuelto á lo siguiente: doblaría mi poncho patrio y mi manta de lana que colocaría sobre mi montura militar, dispuesto á seguir hasta donde tuviera bastantes fuerzas y cuando no pudiera más emplearía mi gran recurso extremo, la fuerza de voluntad.

Me persuadía que era muy triste, pero muy cierto, que un argentino no supiera andar á caballo, pero también me consolaba la seguridad de que no era yo solo el que estaba en estas condiciones.

Quedé también resuelto á no resollar por la herida, sabía montar y sentarme regular-

mente, la parada debía salvarme del ridículo, como por fortuna me salvó.

¡¡¡ Ah, la parada !!!

¡¡ A cuantos no habrá salvado como á mí !!

Hoy que han pasado algunos años, durante los cuales he andado mucho á caballo, he conocido á algunos que ni siquiera la tenían, pero á quienes he siempre considerado y ayudado en lo que he podido, porque nunca dejo de olvidarme de aquella época en que también pasé mi mal rato.

Las mulas patrias, con una oreja mutilada, flacas y tan chiquitas daban compasión.

Mi compañero montaba una mula grande, mantenida á maíz, de la silla del coronel Blanco, á mi me tocó un macho bayo que por suerte era muy manso.

Los milicos, mandados por un cabo Gómez, tuerto y con los caracteres antropológicos de un gran *pesce*, eran dos, un mozo Martín Cigales y el trompa Vivanco; Benítez gineteaba una mula media chúcara que pronto se sosegó.

Tomé un buen trago de ginebra y artísti-

camente con el rebenque colgado de la muñeca, salté y me le senté al macho.

Mi primer paso estaba dado; á los milicos debí haberles hecho buena impresión.

Empézanos á movernos, después de dar dos ó tres apretones de mano al hotelero, el único que sinceramente deploraba nuestra marcha.





## CAPITULO · III

### De Reconquista á las Toscas

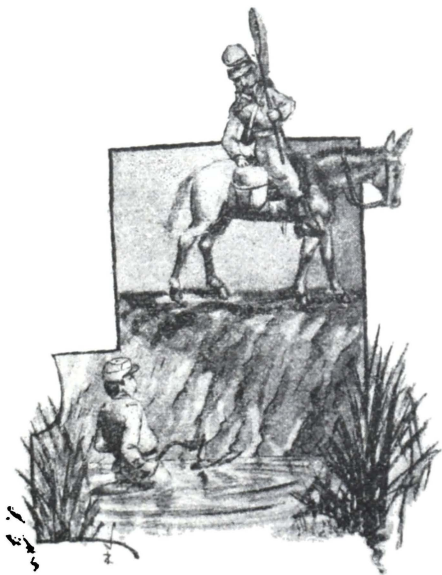
LA MULA DE BENÍTEZ.—LA COLONIA AVELLANEDA.—LA POSTA DEL TROPEZÓN.—LAS GARZAS.—LA COLONIA OCAMPO. MIS OPINIONES SOBRE EL NOBLE JUEGO DE LA PELOTA.—CARRERAS.—EL INGENIO TACUARENDI.—SAN ANTONIO DE OBLIGADO.—LAS TOSCAS.—EL MAYOR PIEDRAS.—POR UN BIFE.—GRATA SORPRESA.—QUÉ BIEN DORMÍ ESA NOCHE.

**M**i cabalgadura tomó un delicioso paso. serenísimo, iba como en la gloria; salimos del pueblo pasando por el terraplén y puente del arroyo Rey.

La mula de Benítez, debiendo hacer alguna de las suyas, en medio del terraplén empezó á loquear y pataplún, ginete y cabalgadura se fueron al agua.

No hicieron más que zambullirse, y cuando nosotros empezábamos á sentir la emoción del incidente, ambos reaparecieron sobre el terraplén, chorreando agua.

Contraste de la vida, nuestros músculos faciales estirados por el asombro, adquirieron una movilidad extraordinaria; el dia-



fragma funcionó como sacudido por una pila eléctrica, y una estridente carcajada sirvió de felicitación al pobre Benítez.

La mula recibió su ración de garrotazos,

y cuando nos reponíamos, habíamos pasado el puente.

Cruzábamos por la colonia Avellaneda, poblada por rumanos, italianos y austriacos; desparramadas en una gran extensión, veíamos sus casas con techos de paja, de cuatro aguas, y paredes de madera y barro; por sus chimeneas salía un humo denso, revelándonos que la hora de la sopa llegaba. El astro rey daba su zambullida cotidiana en el horizonte, y las sombras empezaban á invadir la tierra.

Pronto llegamos, después de pasar el arroyo Timbó, á un boliche titulado *la posta del Tropezón*.

•La tal posta era un rancho con teja de palma, en cuyas paredes, la desidia de sus habitantes, unos triestinos, había producido más agujeros que la polilla en un cuero.

Detrás del rancho había una cocinita, la que nos fué adjudicada para pasar la noche.

El boliche no tenía un capital mayor de cien pesos; las sardinas y la caña eran los artículos principales; nos prepararon unos

huevos fritos en un aceite, que juraría y creo hasta ahora debía ser de linaza, sardinas y pan.

Felizmente estaba tan cansado y me dolía tanto la cabeza, que apenas pude comer las sardinas; en cuanto á los huevos, me fué imposible, aquel olor de aceite horrible me volteaba.

A la caña le hice los honores debidos, y sin esperar que Romero concluyese, me envolví en mi poncho patrio y con medio cuerpo dentro y medio fuera, me acosté en la cocina llena de ceniza.

Esa noche hizo frío, y al otro día al recordarme me sentí con los piés helados; como buen chambón no me había sacado las botas.

Me acerqué al fuego, me calenté, tomé mate, un trago de caña y me preparé para seguir viaje.

He tenido la suerte de no haber recibido una paliza todavía, pero esa mañana me sentí con el cuerpo tan destrozado, que creo que aun después de la peor garroteadura no se queda tan molido.



La cabeza seguía doliéndome, parecía que me la oprimía una faja de hierro; sobre los ojos un dolor agudo me martirizaba, sentía la sensación como de un clavo que me punzase entre el globo del ojo y la órbita; rápidos escalofríos corrían por el cuerpo, y un mareo como de embriaguez me invadía poco á poco.

Como siempre, no quise dar mi brazo á torcer; tragué dos píldoras de quinina, una taza de café amargo, y cuando todos estuvieron listos, llevé á mi bayo detrás de la cocina y como pude me le senté.

El sobrepaso que tomó, me alivió mucho, no sé precisamente si fué la quinina, el café ó lo que se me calentó el cuerpo, lo cierto es que á las doce, cuando paramos para almorzar, todos mis males habían desaparecido como por encanto.

Al apearme, respiré, extrañándome sobre manera el encontrarme sin sentir molestia, con la cabeza despejada, la vista clara y buen apetito.

No sé lo que hubiera dado, para que mis

compañeros, que esa mañana habían sonreído socarronamente al ver mi cara patibularia, hubiesen estado en ese momento en mi interior. Francamente, estaba henchido de satisfacción íntima; ahora sí que estaba seguro de hacer el viaje completo sin molestia ni fastidio.

La idea atroz de que por cansancio ó falta de costumbre me obligara á aflojar ó quedarme en la mitad del camino, se esfumaba ante la realidad y el contento que palpaba.

Mi compañero me desconoció; esa mañana había sido parco en palabras, porque no podía hablar, mientras que ahora volvía á ser locuaz y chacotón.

Mi actividad se manifestó de nuevo: cazé muchos insectos, escribí mis impresiones en mi famoso diario de viaje, doce páginas, almorcé, quise yo mismo ensillar y esta vez no escondí mi macho bayo, muy al contrario apelando á mi infalible parada, delante de todos lo salté elegantemente.

Esa mañana habíamos pasado el arroyo Tapíal, por un puente bastante bueno,

que nos economizó algún otro incidente.

Durante la marcha vimos algunos cortadores de postes y maderas en los montes, por cuya orilla pasábamos, y me llamó mucho la atención, como cosa nunca vista, un tronco de algarrobo que al medirlo nos dió 2.50 cent. de circunferencia.

Más adelante llegamos al arroyo de las Garzas y á su izquierda vimos su gran laguna, en donde se bañaban un montón de patos, y entre estos, paradas en una pata, meditabundas, filosofando quizáş porque no pasaban lijero algunos pescaditos ó ranas que fuesen á llenar sus estómagos llenos de agua, se hallaban varias garzas.

En la orilla, atada, una canoa nos esperaba; en ella pasamos al otro lado.

Los montes manchaban aquel suelo, proyectando sobre él grandes sombras.

El calor nos fastidiaba más de lo necesario, haciéndonos sudar.

A la oración cruzamos la cañada del Ceibalito bastante crecida, la que nos dió un poco de trabajo. Habíamos pasado un gran

trecho entre cañadas bajas, llenas de agua, que nos hicieron recoger mucho barro y á lo lejos en los espacios dejados libres por los montes, la vista se perdía divisando siempre tierra arada, salpicada de casas de colonos, más ó menos iguales entre sí.

Esa noche dormimos y cenamos en casa de un colono italiano, Juan Ferrari, que fué muy obsequioso con nosotros.

Temprano nos levantamos y seguimos marchando sin dificultad; por el camino encontramos ocho mancarrones patrios que inmediatamente arriamos y llevamos por delante, á fin de servirnos de ellos y economizar un poco nuestras mulas que tenían que andar mucho aún.

Cruzamos la cañada del Sombrerito y después de pasar el riacho Amores, empezamos á entrar en la colonia Ocampo.

Llegamos al aserradero lleno de vigas de toda clase, una enorme aglomeración de maderas aserradas unas, por aserrar otras, amontonadas, apiladas, desparramadas entre montones de aserrín, donde trabajan

muchos hombres, casi todos correntinos, con sus sombreros puntiagudos y sus chiripás negros.

El ruido de las sierras movidas á vapor, bajo aquel sol y aquella vegetación salvaje, es algo que llena de entusiasmo á los que quieren un poco á su patria.

Cada momento me preguntaba: ¿Este es el Chaco, el Chaco salvaje donde solo esperaba encontrar selvas vírgenes, indios, tigres y soledad?

Cómo se conoce poco, todo esto en Buenos Aires.

Verdaderamente, estamos con respecto á nuestros territorios, como los europeos con respecto á nosotros.

Cuanto al llegar á Buenos Aires, le sucederá lo que á mí al llegar á la colonia Ocampo.

¿Qué de decepciones no habrán sufrido al encontrarse con la Plaza Victoria rodeada de edificios modernos, cruzada por personas vestidas á la europea, donde esperaban ver toldos llenos de indios con plumas

en la cabeza y alrededor de la cintura?

Cruzamos el terraplén del ferrocarril de de trocha angosta del ingenio, que me pareció un tramway, sin dejar de llamarme la atención, llegando al poco rato á la plaza de la colonia.

La villa Ocampo tiene muy buenos edificios, la casa de la administración, la capilla, el ingenio y varias ocupadas por negocios, elevándose entre todos estos una cancha con su paredón alto, coronado por un tejido de alambre.

Allí los vascos de la colonia se entretienen á su modo, echando los bofes en el noble pero estúpido juego de la pelota, que si bien desarrolla las fuerzas físicas en sus complicados movimientos, deja á los aficionados en un estado de postración, el más apto para tomarse alguna pulmonía, producirse una hernia, ó sacarse un brazo, al mismo tiempo que elimina de sus cerebros toda idea buena ó mala, evitándoles el trabajo de pensar en algo.

A propósito de vascos, los de la colonia

Ocampo, vascos franceses en su mayor parte, tienen una historia curiosa.

Bajo la dirección del señor Julio Andrieux antiguo oficial de la marina francesa, formaron una compañía titulada *Marche ou Creve* compuesta de un núcleo de personas que de todo tenían menos de agricultores.

Entre ellos había militares, curas, maestros de escuela y horror!! hasta literatos; pero al fin y al cabo, en Ocampo en pleno Chaco entonces, se las arreglaron como pudieron y nadie podrá negarles el justo título de *pioners* de la primera hora, que echaron en medio de sacrificios y privaciones sin número, las bases de la hoy colonia Ocampo, que por sus condiciones y porvenir llegará á ser con el tiempo y el progreso inherente á nuestro país, un gran centro de población.

El señor Manuel Ocampo Samanés, á quién yo no conozco, también es acreedor á á la consideración de los argentinos por su espíritu progresista, que no le hizo trepidar en invertir un enorme capital, que inmovilizado

mucho tiempo, debe haberlo perjudicado inmensamente.

Los que como él se lanzan á hacer poblar y civilizar nuestros territorios hasta arriesgando su porvenir, merecen el bien de la patria.

Solo el ingenio Manolo importa un capital invertido de más de ochocientos mil pesos, sin contar el costo del ferrocarril, el aserradero, los edificios diversos, plantaciones de caña, las habilitaciones á los colonos, etc., que representan una suma enorme, quedando todo en provecho del país.

No comprendo como el Gobierno que ha protegido con primas la exportación de nuestros productos rurales y las plantaciones de viñedos, no se haya preocupado en ayudar y proteger directamente estos grandes esfuerzos individuales en zonas despobladas y salvajes, que gracias á la iniciativa particular podemos ostentar con orgullo, como muestra de los progresos materiales del país.

Cuando llegamos á la colonia Ocampo estaban de carreras criollas, naturales, á la



buena de Dios que es grande, de bajarle los cueros á cualquier pingo que se había tragado un par de leguas lo menos, con el jinete, para llegar al punto de reunión, sin tomarle el tiempo, sin sport, balanza, padock, tribuna, casilla, ni starter, ni nada que se le pareciera.

Al aire libre, en medio de exclamaciones en guarany, con la cabeza atada, las piernas y brazos arremangados, montando en pelo; los corredores daban las partidas de práctica, viendo de sacarse ventaja. De un lado y otro de la cancha, los paisanos montando lindos pingos, luciendo buenos aperos con sus mantas vistosas y sus chambergos copudos, hacían sus apuestas sacando de los tiradores sus billetes de banco que mostraban al contrario, enrollados como cigarrillos.

Otros, gravemente con las piernas cruzadas sobre el recado, las riendas caídas sobre las cabezadas y el rebenque asido con las dos manos, miraban fijamente á los corredores, permitiéndose alguna que otra observación sentenciosa que el vecino aprobaba, ó refu-

taba con una sola palabra para volver á su actitud de estatua, mientras los inquietos corriendo de un lado para otro relataban gesticulando, la vida y milagros del pingo de su afección.

Las apuestas seguían cruzándose, los jueces de raya á un extremo del andaribel, esperaban tranquilos que largasen los corredores que ya por una ó por otra causa encontraban siempre excusas á cada partida, para no dar el vamos.

En todos los rostros se denotaba la ansiedad, los nervios llegaban al máximum de tensión, cuando los corredores al encontrarse parejos ó creyendo sacarse alguna ventaja, largaron la carrera, barajándose el vamos entre una nube de polvo. Indescriptible fué el movimiento que se produjo, la cancha se llenó de gente, todos se agruparon, se atropellaron siguiendo con la vista el desenlace: el overo, el rosillo, tres á dos, diez á cinco eran las voces que se oían en medio de aquella batahola. Ganó el overo. No quise saber más, y dando un dulce rebencazo al bayo,

me junté con mis compañeros, que menos curiosos que yo, ó hartos sin duda me habían precedido al tranquito.

Al rato empezó á caer una garúa fría y molesta que nos hizo poner los ponchos; se-



guíamos bajo un cielo melancólico, triste, envueltos en aquel polvo de agua menuda que caía acompasada, mojándonos implacablemente.

Y todavía hay quien cree que la garúa no moja. Las mulas al pisar descortezando el suelo mojado, resbalaban á cada instante, lo

que nos hacía levantar los brazos que probaban entonces el peso de los ponchos mojados.

Sobre las plantas y los pastos brillaban las gotas de lluvia, titilando sobre las hojas.

El horizonte se perdía entre la bruma, y el cielo poniéndose cada vez más sucio, pesaba sobre nuestros ojos, dándonos sentimientos inexplicables de angustia leve.

Nadie hablaba, cabizbajos, aburridos, fastidiados en grado sumo, seguíamos mirando el camino carretero trillado, que estampaba rítmica y constantemente la huella de las mulas.

Un viento frío, despiadado, colándose hasta los huesos, arremolinaba á intervalos la garúa que nos azotaba el rostro, sobre todo en la nariz. Pobre nariz, á pesar de tener el alto honor de llegar antes que uno lo paga bien caro.

Las emociones de las carreras de Ocampo se habían borrado de mi mente, y todo lo pasado había dejado el rastro que dejan los sueños. No pensaba en nada ni veía nada,

solo miraba entretenido el fuego de mi cigarrillo, que brillaba á cada humada con su pobre luz, como estrella de última magnitud, en medio de aquel cielo de sombras, que cada vez más densas se hacían, mientras el astro rey oculto y avergonzado poco á poco nos abandonaba, dejándonos con la perspectiva de una bonita noche.

El único incidente que hizo despertar un poco de mi semi-sueño fué el sombrero que en una de esas ráfagas, faltando á las conveniencias se le antojó rodar por el barro. Felizmente la ráfaga duró poco, y sin fuerzas quedó clavado á un lado del camino boca á bajo, como para disimular las manchas de las alas. Un soldado me lo alcanzó, le dí las gracias, y me pidió un cigarro á escondidas.

Le alcancé un paquete para que repartiera entre los compañeros y seguí la marcha íntimamente satisfecho, pensando en la felicidad que le había proporcionado; desde entonces siempre he tenido la manía de vigilar que nunca les faltase el tabaco.

No he podido acostumbrarme á mirar con

indiferencia mientras fumo, que mis compañeros dejen de hacerlo por no tener con qué.

Soy muy fumador y considero al hombre vicioso sin cigarros.

Mientras esto escribo con qué gusto saboreo uno, me parece que solo el pensar que por alguna circunstancia me llegue á faltar, sufriría mucho.

La nicotina será mala, venenosa y todo lo que quieran los notabacófilos; pero si así fuera debía estar muerto más de una vez por el uso del tabaco como chimenea empedernida, mientras tengo la conciencia formada que no debe haber buena digestión sin el apéndice de un buen cigarro, que en sus espirales de humo, lleva como íntimo mensajero, una gran parte de nuestras satisfacciones.

Cuando llegué á esta parte dí la última humada, tiré á un lado el pucho que fué á clavarse en el barro del camino, hubiera quedado allí algún tiempo como muestra, si mi mula no lo hubiese pisado, desapareciendo de la superficie.

A medida que se acercaba la oración, la garúa se hacía más intensa.

Pasábamos del ingenio Tacuarendí, entonces de Wagner, entre una calle recta plantada de tártagos á uno y otro lado con alambrados que resguardaban grandes extensiones de caña de azúcar, surcadas por rieles de ferrocarril Decauville, que conducían la caña que muchos indios Tobas cortaban en aquel entonces.

El edificio se perdió y empezamos á entrar en la calle central de la colonia indígena, ó gran toldería mejor dicho, de San Antonio de Obligado.

En ese momento no podíamos pararnos, pero al otro día sin falta volvería.

Bajo aquella bruma, calados y chorreando agua, á las 7 llegamos á las Toscas.

Nos dirigimos al fortín que en medio de la plaza con su gran mangrullo de madera en el centro, habíamos divisado desde lejos. El Mayor Piedras nos recibió, y sin más, indicándonos un galpón lleno de vestuarios en donde debíamos pasar la noche, se retiró.

El galpón era muy bueno, podíamos hacernos camas mullidas con los uniformes, pero como no era cuestión de acostarse así no más, resolvimos hacerlo con el estómago lleno.

Un soldado nos habló del Hotel.

Hotel en las Toscas?

Sí señor, y muy bueno, nos dijo con su tonada sanjuanina.

Para nosotros fué una revelación.

Y dónde queda?

No ven Vds. esa luz? nos contestó señalando un gran ojo luminoso, que como faro de felicidad rasgaba las tinieblas. Pues á él.

El vamos que se barajaron los corredores en Ocampo, no fué tan rápido como el que cruzó entre nosotros.

Envueltos en nuestros ponchos nos dirigimos á pie, atraídos como grandes mariposones por aquella luz, que tenía en aquel momento la fuerza irresistible de un sinnúmero de encantos.

Está escrito que el amor, la felicidad, la dicha, la alegría, todas las cosas buenas en esta vida deben tener su contraste, nada de



esto debe gustarse sin sus sinsabores correspondientes, éstos son tan necesarios como las sombras en los cuadros, sin ellas no resaltarían las figuras, sería un eterno aplastamiento de contornos sin relieves, como debe ser el paraíso lleno de luz destinado á los justos, donde algunos se entretendrán con mirar eternamente la cara apacible y bondadosa del Padre eterno, tirándose suavemente su barba bíblica.

Nosotros que teníamos en vista nuestro paraíso, no pudimos alcanzarlo sin pasar por el purgatorio.

Y que purgatorio... molidos, cansados por la marcha de todo el día, caminando con botas entre tacurus, espartillo, atropellando alambrados, con los ponchos pesados, cayendo, levantando, jurando, renegando, hicimos como dos cuabras para llegar al Hotel. Como el farol guía tenía tres vidrios, habíamos tomado la dirección lateral de uno de ellos, errando la calle ancha y cómoda que nos podía haber conducido sin trabajo.

Después de salir de aquel purgatorio y

cuando entramos en el Hotel, quedamos deslumbrados.

Mucha luz, manteles blancos y limpios, gente reunida conversando alegremente, todo risueño hasta la cara del hotelero.

Fiambres, unos succulentos bifés con huevos, gallina, vino, café, cognac, todo íbamos acondicionando en nuestros estómagos que mucho necesitaban y cuando menos lo pensábamos pum . . . el tapón de una botella de Clicot fué á chocar en el techo, mientras su espumoso líquido, el causante de la revolución del Olimpo, el que según Offembach suplantó al néctar divino, hervía en sus copas adecuadas y nos era brindando con la galantería propia de los criollos, por los del grupo próximo á nuestra mesa.

Champagne! despues de nuestro viaje, de aquel día triste y fastidioso, allá en pleno Chaco, sintiéndolo deslizarse como bálsamo y transformándonos al invadirnos la inmensa alegría que lleva en sus burbujas de oro, despues de la espléndida cena, fué algo regio para nosotros y como un día de vida

es vida, á nuestra vez pedimos otra botella.

Nadie quiso ser menos y en el trascurso de una hora, seis botellas aparecieron llenas para volver como es de suponerse.

Se pedía la séptima, cuando previendo el caso nos retiramos sin esfuerzo, por el medio de la calle; pronto llegamos á nuestro alojamiento.

Sobre un montón de trajes que formaban una magnífica cama, nos acostamos.

Al otro día visitaríamos la reducción de San Antonio de Obligado, vería indios: indios en sus casas con sus objetos y útiles haciendo vida íntima.

¡¡¡Cómo trabajaría mi libreta entonces!!!





## CAPTÍULO IV

### La Reducción de San Antonio de Obligado

EL MAYOR PIEDRAS. — SUS DOS ÓRDENES. — EL PADRE HERMITE  
CONSTANSI. — EL SARGENTO CLETO. — EL CABO CRESPO. — LOS  
INDIOS. — COSTUMBRES. — BAILE NOCTURNO. — ÚTILES É INSTRU-  
MENTOS. — INDUSTRIA. — EL MÉDICO. — CURIOSO MODO DE CÚ-  
RAR. — CANTOS TERAPÉUTICOS.

**D**EBÍ dormir muy bien, porque al des-  
pertarme temprano me encontré tan  
lleno de actividad que en un momento tomé  
mate, me vestí, hice ensillar y mientras mi  
compañero arreglaba algunas cosas, fui á  
visitar al Mayor Piedras, para pedirle como  
jefe superior de la reducción, algunas órde-  
nes muy necesarias.

El Mayor Piedras que tuvo despues la des-  
gracia de ser asesinado por los mismos in-  
dios de San Antonio, no tuvo inconveniente  
de acceder á mi pedido escribiendo las dos  
que transcribo.

Cabo Crespo:

Atienda y déle lo que el portador de esta necesite, es el Sr. D. Tomás Bathata, deseo le haga conocer todo lo que el necesite en el Departamento de San Antonio de Obligado y acompañelo personalmente en los momentos que tenga desocupados. — *Piedras*.

Cuando esté Vd. ocupado mande otro que sea competente en compañía de él. — *Vale*.

Sargento Cleto

Permita al portador que ponga un baile, teniendo cuidado Vd. como responsable del orden durante mi ausencia. — *Piedras*.

Agosto 11/85.

Con estos documentos y bailándome los ojos dé contento, volví donde estaba mi compañero que concluía sus pertrechos.

Nos debíamos separar por unos días, mientras tanto tendría tiempo de hartarme de indios.

Fuimos á San Antonio, pues mi compañero no quería que quedase solo sin recomendarme á alguna persona.

Llegamos á la reducci3n y despu3s de dejarme bien instalado en casa del proveedor de la misma D. Pascual Gonz3lez, nos despedimos; poco m3s tarde empezaba mi recorrida.

Me dirijí á la Capilla para visitar al cura Hermete Constansi, misionero italiano que hace muchos a3os reside por all3, habiendo estado en San Javier, en la colonia Alejandra y por 3ltimo ayud3 á fundar á San Antonio de Obligado.

El fundador fu3 el coronel Obligado, el 22 de Junio de 1884, que reuniendo las tribus de los caciques Jos3 Ni3c, Francisco Antonio, Bartolo y Juan Chara en ese punto, en los campos fiscales que el Gobierno Nacional les adjudic3 entre Ocampo y las Toscas, ech3 las bases de la actual reducci3n que entreg3 á la direcci3n espiritual del R. P. Fray Hermete Constansi, que dijo la primer misa delante de una im3jen de San Antonio de Padua, en presencia de 50 indios varones, 250 mujeres y muchachos.

Cuando visit3 la reducci3n se repartían

146 raciones de soldados, 20 de oficiales y 339 de familias, correspondientes á la población indijena.

Los indios salían á trabajar á los ingenios en la época de zafra de la caña de azúcar, pero la mayor parte estaban militarizados, formando una especie de regimiento indijena con sus oficiales y clases correspondientes.

Tenían su cuerpo de guardia bajo de una ramada grande, en la que estaban arrimadas las lanzas del escuadrón de servicio, debajo de estas y al aire libre se destacaba un enorme cepo de madera, donde colgados de una pata ó de cabeza iban á dormir la mona ó pagar sus culpas los que no se portaban bien.

Cuidando aquel tesoro de orden, se paseaba con la lanza terciada el centinela indio, vestido con el uniforme de nuestra Guardia Nacional, cuya chaquetilla ceñida hacía resaltar una enorme barriga.

El padre Constansi fué muy atento conmigo, me mostró su quinta de árboles fruta-



les, que había empezado á plantar y una buena huerta llena de hortalizas de toda especie.

La capilla era muy pobre, aparte del San Antonio fundador: un muñeco mal hecho de tamaño reducido y de uno que otro cuadro con imágenes diversas, no había nada que llamase la atención.

El misionero ejercía también la función de maestro de escuela, pero en realidad, era más bien de doctrina que otra cosa.

Francamente, no comprendo el afán de los misioneros de llenarle la cabeza á los indios con la doctrina, no dándose cuenta que todo es trabajo perdido.

Á los mismos blancos, cuando son niños, y muchos hasta cuando son hombres les es difícil comprender una cosa tan complicada, como son los principios de la religión católica, tal cual se enseñan, con todos los misterios: la Trinidad, los sacramentos, la misa y el sin número de cuestiones oscuras para los que no estan preparados.

Los indios por pasársela bien dirán á todo

que sí, pero yo pregunto. ¿Qué deben pensar, qué deben comprender al oír una misa y en latín?

¿Pueden, acaso, con sus ideas rudimentarias de religión, dar un salto tan grande para llegar á entender lo que significan los ritos y formas, por demás complicados de



la nuestra, sin hacer la más espantosa confusión? Necesariamente se convertirían en autómatas, haciendo los mismos movimientos que se les enseña.

¿Podrán, acaso, comprender que aquel viejo de barba blanca, el cordero acostado en un

libro, el hombre clavado y muriéndose en una cruz, la criatura que tiene en los brazos San Antonio, ó la blanca paloma que vuela rodeada de luz, sea una misma cosa? Seguramente, nó.

¿Podrán formarse una idea exacta de que la hostia y el vino que consume el sacerdote durante la misa se transformen en ese momento, transubstanciándose en el cuerpo y la sangre del Redentor?

Tampoco.

¿No es posible que al oír al cura hablar latín, haciendo todas esas reverencias y signos, para ellos misteriosos, no lo comparen con el brujo ó médico de la tribu?

Todo esto pensaba, mientras el buen padre me hablaba con entusiasmo de los progresos que hacían sus neófitos.

Pero no le dije nada; siempre he sido partidario de no agriar las dulces satisfacciones que sienten los otros, aunque se hallen engañados.

Qué diablos; todos más ó menos vivimos de ilusiones, y debe ser muy cruel el que se

goce en echarlas por tierra ó clavarles una espina sin necesidad.

Me despedí felicitando al buen padre, y como eran las 12, me pareció prudente el irme á almorzar, después de haber andado toda la mañana sin haber visto precisamente nada; pues, como buen novicio, quise abarcarlo todo de un golpe.

Cuando empezó la digestión, y ya curado de mi curiosidad general, resolví volver á recorrer todo metódicamente, y junto con el cabo Crespo, empezamos por una calle.

A uno y otro lado los ranchos miserables de los indios, en su mayor parte de paja, bajos, en los que era necesario entrar agachados, se alineaban.

Antes de entrar dábamos un fuerte allaj!! que es el buen día obligado, y sin más, nos colamos.

Allí adentro, sentados sobre cueros de diversos animales, rodeando una ollita eternamente hirviendo, la familia descansaba de las rudas tareas de no hacer nada. entre-

teniéndose en comer, peinarse y sacarse mutuamente los piojos.

Los estómagos delicados no deben leer ésto, que es estrictamente cierto.

Las mujeres, á medio vestir, mostrando sus cuerpos de un bronce viejo, sopaban dentro de la olla un pincel de cerdas de Tateto que después se pasaban como peiné entre la abundante cabellera renegrída, que si no fuera tan gruesa, más de una bella civilizada envidiaría.

Aquel aceite *sui generis*, formado por las grasas de cuanto animal cazaban, les dejaba el pelo con un lustre singular.

Otras, henchidas de amor filial, espulgan la cabeza de alguna vieja decrépita, poniéndole suavemente en la boca, como manjar delicioso, el asqueroso producto de sus pesquisas.

Aquellos ranchos perfumados de bagual, en otras condiciones me húbieran hecho disparar, pero me retenía la curiosidad y el amor propio, como á los estudiantes de medicina en las primeras lecciones de anfiteatro.

En Buenos Aires, y de frac, hubiera sido abominable; pero en el Chaco, de bombachas y con camisa de tartán, dominado el primer impulso de repulsión, seguí mirando indiferente, encontrando todo muy natural.

La prolija *toilet* venía á terminar siempre por dos grandes trenzas que adornaban con cintas de lana roja, tejidas por ellas, con aplicaciones de pedazos de concha y algunas cuentas de vidrio.

La mayor parte de las indias vestían, ó mejor dicho, se tapaban con quillangos de cuero de nutria, nunca tan bien hechos como los que usan los Pampas.

Muy pocas estaban tatuadas, y las que tenían ese adorno, sólo lo llevaban en la frente y en las mejillas, reduciéndose á algunas líneas rectas de un color azul.

Los indiecitos completamente desnudos, algunos con sombrero y todos muy barri-gones, jugando con los innumerables perros flacos que pululan siempre donde hay indios, ó comiendo. con la cara, las manos y la boca engrasada y sucia, me llamaron la atención,

haciéndome reír cada momento por sus diabluras infantiles, que las mamás se apresuraban á corregir con pescozones de todo calibre.

Los mamonos, en redes de chaguar, colgados entre el pecho y la espalda, no soltaban, bien prendidos los pechos de las madres, que con semejantes sanguijuelas, pronto se ponen largos y flaxidos.

En las indias viejas son horribles, y como marchan agachadas, aquellas dos bolsas secas, balanceándose, producen un efecto repelente.

La mujer chaqueña es el ser más desgraciado; no tiene más misión que trabajar y tener hijos desde muy niña; de 11 á 12 años ya se casan, es decir, se juntan con un indio, porque puede decirse que ni ceremonia tienen para eso; simplemente el padre la vende ó la cambia al marido por cualquier cosa.

Una vez casada, adiós libertad y tranquilidad; tiene que cargar con todos los trastes cuando están de marcha, cocinar, tejer y

criar los hijos, con que los maridos las obsequian sin avaricia. El hombre no hace más que pelear y cazar; lo demás del tiempo gustan del *dolce far niente*, echado de barriga, amodorrado.

En San Antonio, los hombres trabajaban ya en el ingenio de Wagner, ya allí mismo, haciendo ranchos y el servicio militar, que para ellos es el más agradable de todos los trabajos.

La mujer estaba más aliviada, haciendo vida estable, así que no era raro que las encontrara tan cómodas.

Ese día hice algunas adquisiciones de objetos, que cambiaba por cuentas y alhajas de metal ordinario que compré en Buenos Aires, antes de salir.

Los indios á pesar de ser tan nómades no dejan de ser industriosos:

Aprovechan de la fibra del Caraguatá con la que hacen un sinnúmero de obras.

Para estraer la fibra, raspan las hojas del Caraguatá con conchas ó cuchillos, despues de sacarles las espinas; las ponen á secar y



cuando lo están, las golpean hasta desflocar las fibras.

Para hacer el hilo, emplean husos de madera con pezones de barro cocido, y muchos emplean el muslo sobre el que pasan la mano llena de ceniza con velocidad, torciendo las fibras rápidamente.

Con estos hilos tejen las redes para pescar, bolsas diversas que adornan con los colores negro y rojo simétricamente dispuestos, formando bonitos dibujos, algunas camisetetas sin mangas, que pocos llevan, y muchos otros objetos destinados á diversos usos.

Conocen la cerámica, fabricando ollas, jarritos, etc., bastante bien cocidos y pulidos con el dorso de una concha.

Algunos, pero muy pocos hacen de cuero imitando el corte europeo, pantalones y sacos, y con palma trenzan algunos sombreros.

Las armas que usan los chaqueños son las flechas, lanzas y macanas.

Las flechas son en general de madera, algunas pocas tienen punta de hueso y fierro,

estas últimas con restos de cuchillos viejos ó arcos de barril.

Los arcos son rectos de madera dura, flexibles á fuerza de engrasarlos y tenerlos al lado del fuego entre las cenizas calientes, la cuerda es ya de Caraguatá ó de cuero de ciervo.

La lanza es corta, apta para andar entre el monte y pelear de á pie.

Las macanas ó mazas son de madera dura de formas variadas, algunas muy pesadas las usan para pelear y cazar, principalmente para rematar á la víctima.

Lasijas son de varias clases, ya de fierro ó de hueso, esta última es muy interesante: cortan un cuerno de ciervo ó un hueso largo en forma de punta aguda, en la parte inferior lo cortan en forma de pico de clarinete y en el medio lo agujerean, este agujero le sirve para aplicarle una cuerda larga.

Este aparato va encajado en una asta de palo duro.

Al clavar una pieza grande entre las costillas, sacan con fuerza el palo y como está

solo encajado zafa, quedando la punta de hueso adentro, que como tiene la sogá atada en el medio se da vuelta, quedando trancado sin poder salir entre las dos costillas, por la cuerda sujetan la víctima ya sea á mano ó atándola á un árbol, rematándola en seguida.

Muy apurados, usan tambien para pelear las palas de tejer, que son de madera dura cortadas en formas de machetes anchos y filosos, y las barretas de madera dura, con una ó las dos puntas adelgazadas, que usan como palas para arrancar raíces.

Saben hacer de vez en cuando grandes cacerías en comun, rodeando una extensión de monte á la que prenden fuego.

Muchos animales, sobre todo los pequeños mueren quemados, y los que se escapan los cazan al salir de la quemazón.

Recorriendo los toldos me armé de muchos objetos, entre ellos, algunas bolsas de cuero de Tateto con el pelo hacia fuera, que suspenden á la espalda, pasando las correas sobre la cabeza, aplicándose antes un montoncito de paja para hacer blandura.

Pasé despues á visitar al médico.

Delante de una ramada pequeña, entre una lanza y una pica clavadas en el suelo, me recibió sentado con las piernas cruzadas sobre un cuero.



Vestía una camiseta de algodón hecha girones, un chiripá microscópico, un sombrero viejo, un amplio tirador de cuero, un facón atravesado atrás y en la boca como si se la quisiera tragar, una pipa cilíndrica de madera llena de raíz de koro, humeaba.

Lo saludamos con un formidable Allaj! que nos contestó con otro grave despues de sacarse perezosamente la pipa de la boca. A pedido mío se levantó, trayendo del ranchito un mate yerguá pintarrageado y lleno de piedras, se plantó de pie sobre el cuero y previas unas cuantas reverencias empezó á cantar.

Inútil es decir, que los indios al oír su anti-melodiosa voz se acercaron y nos rodearon siguiendo embelesados aquellos sonidos extraños.

El canto del médico empezaba con una nota baja que sostenía, haciendo entre tanto una especie de escala hasta concluir en alaridos espantosos, para bajar en seguida y volver á empezar, de tanto en tanto injertaba algunas fiorituras; pero lo que parece gustaba más al auditorio, era cuando cantaba fuerte y golpeaba furioso el mate.

Como se hacía tarde quise hacerlo callar, pero si le pagué para que cantase, tuve que llamarle la atención con otros 50 centavos para que interrumpiese su solo por demás interesante.

Así calló, se los metió en el tirador y volvió á sentarse, con gran sentimiento de los concurrentes, que habían gozado gratis durante media hora de aquel concierto al aire libre.

Los cantos estos forman la base de la Terapéutica Chaqueña.

El que se enferma y llama al médico, seguro que recibe su ración de música, y muchas veces con el doctor sentado cómodamente sobre su barriga, sin perjuicio que le dé algún yuyo ó le administre varios pinchazos.

El Sr. D. Toribio E. Ortíz, en su curioso diario de Viaje al Chaco, como agregado á la Expedición Victorica y enviado por el Gobierno de Entre Ríos, para coleccionar para el museo del Paraná, describe dos casos interesantes de esta rara medicación. Hélos aquí:

«Un indio acostado al sol sobre un cuero de ciervo, se quejaba de ciertas dolencias, avisado el médico, vino inmediatamente á socorrer al paciente.

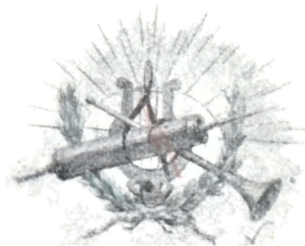
Sentóse á su lado y empezó á cantar, despues de un minuto de ejecutada esta operación, sacó de una pequeña bolsita de cuero una punta de hierro y dando al paciente tres pinchazos en la frente, siguió tranquilamente su canto: había pasado media hora cuando el indio se levantó, quizás cansado y aturrido del canto poco agradable del cirujano.

Otro indio alto y grueso acostado dentro del toldo decía también estar enfermo, llamado el médico corrió al lugar.

Al punto se sentó sobre el enfermo y empezó á cantar, acompañándose con el famoso mate que hacía un ruido infernal, al compás de la música comprimía con el peso de su cuerpo el vientre y piernas del enfermo.

Al cabo de un cuarto de hora sintióse restablecido y se levantó, que á no ser así, lo enloquece ó lo revienta el médico de sistema tan raro. »

Por estos dos casos tan bien descritos, puede hacerse una idea el lector si será ó no agradable el caer en manos de esos galenos Wagnerianos.







## CAPÍTULO V

### Todavía en San Antonio de Obligado

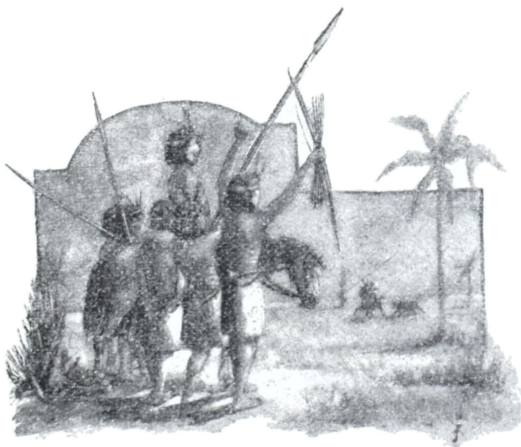
LA CARNEADA.—EL INGENIO TAGUARENDÍ.—EL CABO CRESPO  
ME CREE AFICIONADO Á LA MÚSICA INDIA.—INSTRUMENTOS.—  
BAILE NOCTURNO.

**M**E levanté temprano con el objeto de presenciar una carneada y reparto de raciones.

Hacía mucho frío. Un poco detrás de la casa del proveedor, traían á lazo las reses, que instantáneamente eran degolladas. En semicírculo formadas esperaban las indias, tiritando bajo los quillangos, que les tocara su turno.

Al pasar por allí alguna res cabestreando de mala gana detrás del lazo, bufando con las piernas abiertas y las narices humeantes y avanzando con ese movimiento de

bote cuando hay marejada, las indias se arremolinaban lanzando chillidos, atropellándose para reponerse luego que pasaba, fijas sus miradas en aquella escena bárbara que se desarrollaba rápida delante de ellas.



Después de desgarrados, haciendo esfuerzos inútiles para levantarse, los novillos espiraban entregando su vida en el último balido prolongado que daban, interrumpido de golpe por la asfixia de la sangre que á chorros invadía los órganos respiratorios.

Sin dejarlos concluir de morir, les sacaban el cuero, y aquella carne humeante y palpitando aún, se colgaba, dividía y repartía á aquellas gentes siempre hambrientas, que marchaban silenciosas con su carga.

Pero lo curioso era ver, cuando al abrir las reses se volcaban las panzas repletas que desbordaban su contenido por un tajo transversal.

Entonces las indias muertas de frío, metían sus pies helados entre el estiércol caliente, con placer, y se empujaban echándose recíprocamente, para poder todas participar de aquel benéfico calor.

Las achuras eran llevadas sin excepción, y los perros flacos que desde el principio rodeaban mirando la carneada, se precipitaban sobre el estiércol, y coágulos de sangre que lamían con avidez, entre gruñidos, peleas y mordiscones.

Después de la carne, se les repartía galleta, arroz, y cada quince días, yerba y tabaco.

A las siete todo el mundo estaba en su casa, las ollas volvían á hervir listas para

que los panes se sopasen y que los estómagos de sus dueños las alijerasen del puchero sin espumar, que comían con las manos, y cuyos huesos pelados esperaban filosóficamente los perros, que acostados en un rincón lejos de los puntapiés, echaban un vistazo de tanto en tanto á aquella tierra de promisión de nuevo cuño.

Los indios son poco comunicativos; en sus toldos, siempre que entraba los encontraba mudos, de vez en cuando pronunciaban una palabra, sin mover un músculo de la cara, para volver á su eterna afonía.

La indolencia no solo se manifiesta para hablar, sino también para hacer cualquier cosa; parece que una vez en sus toldos les bastase el calor del fuego y el estar sentados esperando la comida, á todo eso debe reducirse su confort *at home*.

Quizás ese mutismo é inmovilidad no correspondan en vez de un estado semi comatoso de sus cerebros, á una actividad intelectual. Cuántas veces no evocarán escenas de su vida pasada, cuántos proyectos de caza,

libertad, venganza, no se formarán y cruzarán entre las paredes toscas de su duro cráneo.

Aquella posición de estatuas, aquella mirada vaga é indiferente, como sumérgida en una eterna *réverie* es algo que produce admiración y desconfianza.

Qué pensarán de nosotros los blancos, que valiéndonos de nuestra superioridad y en nombre de principios de civilización, los arrancamos de sus hogares después de una espantosa carnicería, cazados como fieras, para sujetarlos después á un régimen que no es el suyo y para enseñarles cosas que no comprenden ni necesitan saber ?

¿Los habremos hecho más felices ?

Muchas veces me he preguntado eso, y siempre he comprendido el porqué los chinos, los negros y los mismos indios no quieren saber nada de nuestra civilización.

El egoismo blanco, el egoismo cristiano, naturalmente tiene que chocar con la vida feliz de los pueblos; vida feliz, porque la felicidad es relativa, y cada cual la entiende á su modo.

Nosotros podemos y evolucionamos en el sentido del progreso, pero no nos fijamos que en ese mismo progreso rápido y vertiginoso, llevamos nuestra muerte.

Sinó, allí está la vieja Europa, progresista por excelencia, donde cada máquina que se inventa deja sin trabajo á miles de obreros que quedan en la calle sin saber qué hacer clamando desesperados por el hambre, porque la mayor parte no tienen ni siquiera los medios para mandarse mudar.

¿Que será de la China con sus 500 millones de habitantes, el día que allí, á pesar de que hoy mueren muchos de hambre, se introduzcan los perfeccionamientos del progreso moderno que arrebatará el trabajo de las manos de las clases menesterosas?

¿Preferirán los chinos dejar la religión de sus antepasados que tanto liga á las familias haciéndolas felices, por la nuestra que será muy buena para nosotros, pero que allí echaría por tierra las bases de su organización política?

Nó!

Y creo que hacen perfectamente bien en defenderse de la ola invasora del progreso occidental.

A nuestros indios le sucede lo mismo, arrancados de la selva los traemos á nuestras ciudades para que se mueran de viruela ó pulmonía ó para que sirvan de mucamos ó soldados.

Como buen partidario de la libertad individual, me ha gustado dejar que cada uno viva y piense como quiera, y no he podido comprender el afán de civilizar y catequizar á los que no quieren ser ni civilizados ni cristianos.

Déjeseles por Dios! si han de vivir lo mismo y cuando mueran, han de ir al Cielo también, ó Dios será tan malo que mande al Infierno á los pobres que no han podido ser cristianos; eso sería una injusticia que no creo la cometa el perfectamente bueno, sabio, justo y omnipotente.

Y tampoco no quiero hacerle el poco favor de pensar así. de lo contrario, no le bastaría el Infierno para dar cabida á tantos infieles,

entre los cuáles es de suponer que hayan muchos buenos, que seguramente no irán á darse la mano con los pícaros de nuestra religión, que es en la que más abundan.

Acompañado del cabo Crespo, nos fuimos hasta el ingenio Tacuarendí; perteneciente á la sociedad azucarera del Gran Chaco y que había contratado por diez años la plantación Lariviere de 500 hectáreas, que representarían 15,000 toneladas de caña de azúcar; además poseía 2,333 hectáreas de tierra.

Todos los cañaverales estaban surcados por las vías de Ferrocarril Decauville de 0.50 de ancho, por las cuáles rodaban los wagones especiales para conducir la caña al ingenio.

El edificio, de ladrillo y de una bonita construcción, está situado en medio de los cañaverales.

Como tenía poco tiempo eché una mirada rápida por todo, admirando en medio del Chaco, aquellas enormes maquinarias que triturando la caña y evaporando su líquido



pegajoso y repugnante, nos devuelven en blancos terrones, la más dulce de las sustancias.

Por una casualidad no estaba el encargado, así que me concreté á mirar no más.

Mientras yo visitaba el ingenio, el Ingeniero D. M. F. Edmond Riffard, daba en Buenos Aires, el 15 de Octubre, una conferencia en el Centro Industrial Argentino sobre el Chaco Agrícola é Industrial, refiriéndose á la colonia Ocampo, el ingenio Tacuarendí y al porvenir de la industria azucarera en el Chaco.

Trabajo sumamente interesante que leí á mi vuelta, cómodamente arrellenado en un sillón, evocando entre las humadas de mi cigarrillo los recuerdos frescos de mi viaje, mientras una voz muy agradable me decía al oído: tu también has estado allí.

A galope volvimos á San Antonio.

Cuando entramos en la calle principal el cabo Crespo, indicándome el toldo del médico, me dijo como ofreciéndome una cosa muy agradable.

— *Señor patrón, vamos sintiendo canto lindo médico.*

Lo miré espantado, decididamente me habría creído antifilarmónico.

— ¿Y, te parece lindo el canto? Le pregunté.

— Lindo, lindo. Se puso á decir.

Pues lo que es yo, tenía bastante con el solo del día anterior, así que para no quitarle la ilusión, le dije que no iba á tener tiempo para preparar el baile de la noche, y seguimos hasta la proveduría.

Pero estaba de Dios que el cabo Crespo quería oír música. No bien me dejó se fué derecho al toldo, y vino con el médico.

Cuando acordé, lo encontré plantado en la puerta, armado con su formidable mate, empezando su famosa romanza.

Una idea luminosa cruzó por mi mente, saqué de una bolsa dos galletas y se las dí.

El mate cesó de hacer ruido, el canto se apagó y aquella boca por donde salían esos sonidos que me daban á los nervios, fué llenándose poco á poco de galleta.

Lo despedí y se mandó mudar.

Al rato cayó otro indio con una flauta que trajo para cambiarme, por otras dos galletas, cerramos el negocio.

La flauta era de hueso del ala de una águila, la forma era la de un pito de lata, en un extremo tenía un tarugo de madera asegurado con cera y á lo largo tres agujeros; producía un sonido agradable.

Mi libreta iba llenándose y mientras escribía mis impresiones del día, mandé á llamar al sargento Cleto, indio alto, que hablaba bastante bien el español, para que preparase todo para el baile.

Cleto vivía en un rancho bien hecho, con dos piczas, tenía varias hijas que como indias eran pasables, vestían á la europea con trajecitos de percal y calzaban botines á la crimea.

Cleto se portó muy bien conmigo, así que no dejé de hacerle algunos regalitos para las chinas, como él llamaba á sus hijas.

Crespo en cambio se conformaba con las copas á las que era muy aficionado.

A la noche todo estaba dispuesto, un cajón de ginebra y un paquete de velas fué lo necesario para que nada faltase.

Había encontrado en San Antonio á un cabo 1° del Regimiento 6° de caballería, Juan M. Romero, que habiendo sido herido en algunos combates con los indios vivía allí casado con una india, descansando de sus fatigas.

Romero era criollo y tenía dos cicatrices tremendas de lanza, una de 10 centímetros sobre la tetilla derecha, y otra de 3 centímetros sobre la columna vertebral; parece que la primera le hubiera interesado el pulmón porque tosía mucho.

Después de cenar, acompañado por Romero, Cleto y Crespo, con los artículos necesarios; mi lapiz afilado y mi inseparable libreta, nos dirijimos al rancho en cuyo frente debía tener lugar el famoso baile al aire libre.

Los indios en grupos, con sus uniformes la mayor parte, nos esperaban con esa ansiedad muda que nunca revelan.

Las chinas, sentadas en el suelo y amontonadas en un rincón, separadas de los hombres, formaba una masa negra, compacta.

Aquella escena empezó á iluminarse y la hija de Latona no tardó en mostrarnos su faz limpida, rodeada de infinitos clavos de oro, que tachonaban aquel cielo azul de Prusia oscuro, propiedad casi exclusiva del Chaco.

Aquella profusión de estrellas es tan inmensa que parece imposible que puedan caber otras.

El Chaco es especial para pasar una noche á la *belle étoile* y si se sufre de insomnios, mirando arriba hay como entretenerse siempre.

Pero dejemos que los habitantes de los observatorios sigan apuntando sus enormes cañones ópticos; dejémoslos: que fijen en placas de vidrio los innumerables componentes de nuestro cielo, algún día tranquilos y cómodos hojearemos los albums fotográficos y sin exponernos á que nos dé un torticollis, lo contemplaremos en sentido inverso.

No miremos al cielo porque nos daremos cuenta muy pronto de nuestra pequeñez, miremos á la tierra y sigamos considerándonos con más ó menos orgullo, el rey de los animales ó el señor del mundo.

Siento un golpe de bombo.

Nó, qué lástima!! no es más que una cuerda de la guitarra de Juan Ascencio 1º que se acaba de reventar.

Qué lástima he dicho.

Bah! lo que es no conocer los hombres.

Si Juan Ascencio 1º es un Paganini toba ¿no cuenta la historia del gran violinista que reventaba á propósito las cuerdas para seguir tocando con una sola? Pues á Juan Ascencio 1º si se le reventaba alguna por casualidad, seguía tocando con las restantes, con toda frescura bien seguro que no se reventarían fácilmente, pues eran de piolín.

Cleto que conocía á su gente me pidió permiso para obsequiar al guitarrero con un poco de ginebra, á fin de que se inspirase refrescando la memoria.

Le sirvió un poquito en un vaso que despachó de un sorbo.

Según lo que me dijo Cleto, Juan Ascencio 1º era como las mulas de las galeras de la Rioja, á quienes era necesario: que uno de los cuarteadores fuera adelante con un atado de pasto mostrándosele, para que corriendo detrás de él creyendo alcanzarlo, marchasen tirando el pesado armastrote sacando fuerzas de la probable promesa de comérselo.

A Ascencio le habíamos puesto un terroncito en la boca y cuando quisiera flojar no habría sino mostrarle el frasco para que le volviese á prender duro y parejo.

Lo que es el mundo y como todo es relativo, aquel ginebrón patria que hacía las delicias de la indiada, para mí hubiera sido un reventativo, quizás lo hubiera tomado si bajo mi poncho patria no hubiese llevado un porrón de aquella superior que iba á ser muy útil cuando empezase á refrescar.

Dando las espaldas al rancho y sentado sobre un cajón que había hecho llevar, teniendo á mi lado al cabo Romero, que con

una vela alumbraba mi libreta para poder escribir y del otro á Cleto, dí la orden de empezar.

Ascencio rascó furioso el instrumento que empezó á sonar de un modo raro.



Los indios se acercaron al grupo de las chinas, que agarraban de un brazo y sacaban de un tirón quieran ó nó; fué un tirar de la pata, todas servían, chiquilinas, viejas, jóvenes, etc.

Pronto formaron y con gran sorpresa mía observé que iban á bailar un pericón.



Ascencio había empezado á cantar, pero á lo indio, el baile entonces se animaba, el ruido de las botas patrias al zapatear se oía más fuerte. Las parejas seguían bastante bien el compás de la guitarra, balanceándose con un poco de dureza, pero se balanceaban.

Las mujeres también zapateaban, pero las pobres, descalzas, no podían hacer sonar el suelo tan bien como los hombres.

Sucedíanse interminables las figuras que ejecutaban con bastante precisión, y cuando allá á las cansadas le daban á Ascencio accesos de sed, paraba la música y desprendiéndose las bailarinas estrujadas, pisoteadas quizás, corrían á su lugar sentándose en cucullas.

No dejaba de divertirme todo esto y como la noche era tan linda, hacía convidar á menudo á Ascencio para que durara la cosa.

El cabo Romero como buen criollo, milico diablo que participaba de mi porrón y cigarrillos, se agenció los pertrechos necesarios para cebar mate. Así que no me faltaba nada; entre mate y mate, viendo desfil

pericones, oyendo cantar en indio y rascar la guitarra con cuerdas de piolín, estuve hasta cerca de la 1 p. m., quedándome harto satisfecho de farras indias.

Entre los mirones que no bailaban divisé al famoso doctor, que después de la primer pieza vino á saludarme, lo vi con horror pero pronto recuperé mi tranquilidad al mirarle las manos libres del terrible mate.

Se sentó cerca de mí y también ligó un poco de ginebra.

Al principio creyéndolos decentes se les servía con el frasco para que tomaran un trago cada uno, pero eran tan guarangos que los que repartían tenían que librar batallas para arrancárselo de los labios.

El que se pasaba iba derecho á dormir la mona de cabeza en el cepo, entre ellos el pobre cabo Crespo, que creyéndose sin duda con bastantes méritos adquiridos, se apropió de un medio frasco, cuyo contenido hizo desaparecer en un santi-amen. No le valió su gineta, poco menos que en andas fué transportado por seis ú ocho robustos mocetones,

que á una palabra de Cleto se precipitaron sobre él aferrándolo de la cabeza, las piernas y brazos, mientras la tranca feroz lo hacía debatirse espantosamente.

Al volver á la proyección pasé por la plaza, en el cepo estaban seis, todos roncaban, mientras el rocío cayendo lento depositaba en los negros cabellos sus perlas de agua, que titilaban brillantes sobre aquellas cabezas calenturientas.






## CAPÍTULO VI

### De vuelta á Reconquista

MI LIBRETA. — MI MODO DE ESCRIBIR. — NOS REUNIMOS Á LOS COMPAÑEROS. — EL ASADO. — EL SOLDADO CRIOLLO. — LLEGADA A RECONQUISTA. — RIÑAS DE GALLOS. — INTERESANTE SISTEMA DE HACER REDUCIR LA EDAD DE LOS ANIMALES.

UANDO daba el último bostezo, saltando de la cama, llegó mi compañero que había hecho á grandes jornadas el trayecto que nos separaba.

Apuramos nuestros preparativos, después de arreglar todo y tomar mate, nos despedimos de mi huésped y seguimos viaje de vuelta á Reconquista; la marcha la hicimos sin dificultad, diariamente tomaba notas aumentando el material de observación.

Mi libreta se había llenado hasta más de la mitad, con letra chica; pero me propuse buscar otra en Reconquista, porque al paso

que iba no me alcanzaría hasta el fin; así que apretaba bien la letra, pero desgraciadamente mi mal modo de tomar notas era tal, que no pasaba día sin llenar 5 ó 6 páginas.

La suerte que había sido previsor, pues había elegido una tan gruesa, que parecía un diccionario.

El mismo defecto mío de escribir largo y llenar páginas enteras de cosas inútiles, lo tienen todos los principiantes que como yo, se extasían delante de las hojas blancas aflijéndose al verlas vacías, y no comprendiendo como pueda consignarse una observación sin una tirada kilométrica.

Durante el viaje me parecía siempre que hacía poco, de noche al acostarme me gustaba contar las hojas que llevaba escritas, y más de una vez quedé mal humorado porque había escrito poco.

Me parecía que me iba á olvidar de todo, cada cosa, pequeño incidente y muchas zonceras, me hacían sacar á cada momento la libreta y escribir.

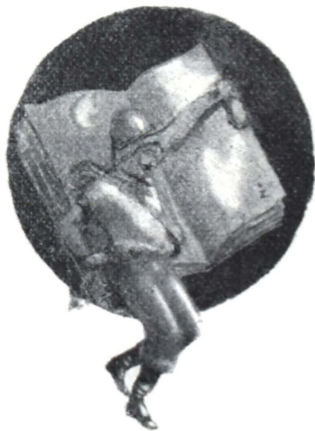
Todo el viaje fuí esclavo de la dichosa li-

breta, y de aquí que sea un horror el leerla, llena de repeticiones por todos lados, llamadas que recién se encuentran á las 6 ú 8 páginas. posdatas, notas. párrafos borrados y vueltos á rehacer, y para coronar este maremagnum, cada figurón que da miedo.

A pesar de todo, nunca me dió por el sentimentalismo, ni las frases rebuscadas.

Escribo como siento, y si me pongo á pensar para buscar una frase no escribo nada, se me corta el hilo y tengo que dejar descansar la pluma porque es inútil.

En Ocampo nos juntamos otra vez con los soldados que habíamos dejado cuidando los patrias.



Los encontramos rodeando una fogata, alegres y contentos, esperando hacerle los honores debidos á un espléndido churrasco, que poco á poco se doraba al calor de aquel potente fuego.

El sargento Zárate, como superior, era el que cuidaba de la difícil operación; era todo un héroe, pero uno de esos héroes ignorados fuera del mundo de los campamentos.

Uno de esos héroes que abundan entre nuestros soldados y sobre cuyos hombros gloriosos han trepado muchas famas siempre bien ganadas.

Soldado del Paraguay, en nuestras luchas civiles, en las campañas contra los salvajes del norte, del sur y de todas partes; ostentando medallas, cicatrices y la huella indeleble del tiempo y padecimientos físicos; aquel prototipo de nuestros bravos soldados con su bonhomía y resignación de predestinado, no había podido avenirse á otra vida.

Dado de baja por cumplido un sinnúmero de veces, había tomado sus vacaciones unos días, para volver de nuevo atraí-



do irresistiblemente á la vida militar.

Sargento 1º, hasta allí había llegado. No era ambicioso, no sabía leer ni escribir, pero en cambio era querido y considerado por los soldados.

Y cuando calentándose al rededor del fuego entre los compañeros, aquella historia viva empezaba á relatar sus campañas ó á hacer la biografía de muchos jefes ú oficiales, sus compañeros, callaban y atendían sin perder palabra aquel oráculo para ellos.

Yo mismo, á pesar de la distancia que necesariamente debía existir entre nosotros, á veces no podía contenerme y como muchacho que sabe que hace mal una cosa, pero que la hace, me reunía con él y me hacía contar el sinnúmero de episodios de su vida legendaria.

*Curupayty!* vomitando metralla, amontonando cadáveres entre sus fosos y bocas de lobo, aquel asalto desesperado y porfiado hacia el imposible entre una atmósfera de muerte.

*Tuyutí!* sorpresa horrenda en que los ven-

cedores de un momento, vencidos fueron por la orgía espantosa del saqueo.

*Perybebui!* el reducto inespugnable tomado á la bayoneta por el brioso 6° de línea.

*El boquerón!* las termópilas paraguayas donde tantos nuestros murieron con gloria.

Y cientos de combates entre el fango, el agua, el monte, la desesperación, el hambre, la necesidad, la dura necesidad ó mejor la miseria, que acompañó siempre con su terrible bandera de harapos á nuestros soldados. Y después la guerra de frontera, con trajes de brin en pleno invierno, á cientos de leguas de la vida civilizada, comiendo potros, mulitas, guanacos ó lo que pudieran cazar; sin leña, recojiendo estiércol seco para hacer fuego, y los tremendos entreveros con los indios sobre caballos flacos, crucificados á lanzazos, defendiéndose con sus carabinas de fulminante ó sus corvos y las vueltas sombrías al fortín por no poder perseguirlos, abandonando con rabia el campo lleno de cuerpos mutilados, entre charcos de sangre, con algún compañero herido en ancas, reci-

biendo durante el trayecto, pegado al oído, la queja lastimera, para curarlo luego con el último girón de la camisa y alimentarlo con caldo de bagual.

Episodios terribles que refería tranquilo con la pachorra característica de los milicos, salpicándolos siempre con dichos criollos, aventuras curiosas, originales y llenas de intención.

A veces se animaba al hablar de algún jefe que había conocido desde subteniente, y al referir sus hazañas hablaba con ternura como si fuera de un hijo.

Que mozo guapo decía: parece imposible que siendo tan instruido fuera tan militar.

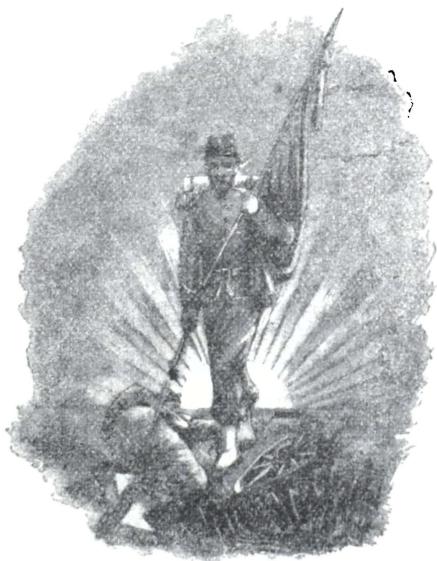
Yo lo vi en tal batalla llevar la bandera con el pecho á las balas, avanzando, también era al ñudo que le dijera: vea, mi alférez, no se descubra tanto, lo han de matar; y saben lo que me contestaba?

Yo sé lo que hago sargento, no se ocupe de mí, atienda á los soldados.

No le contestaba, pero seguía mirándolo mientras mordía el cartucho y lo echaba en

mi Enfield que culataba en el suelo para que bajase; porque me gustaba verlo tan guapo.

Al pobre lo hirieron, y cuando al agarrar



la bandera que se le quiso caer, la ensangrentó un poco, no sé lo que me dió muchachos: me pareció que lo habían baleado en el pecho, lo fuí á sostener pero me tranquilizé cuando ví que no era más que en el brazo.

Allí lo ayudé á curarlo con el pañuelo de seda que llevaba en el pescuezo.

Y era de verse la cara que puso cuando el teniente que mandaba la compañía, porque el pobre capitán ya era difunto, le ordenó que entregara la bandera, que quería llevar con la izquierda, á un distinguido y se retirase á hacerse curar.

No tuvo más que obedecer, de lo que me alegré, porque sino me parecía que lo iban á matar.

Yo no sé por qué, pero los que más pagaban el pato en el Paraguay, eran los oficiales.

En otra ocasión me mataron á casi todos los de la compañía y yo mismo herido aquí en la cabeza, que el doctor me dijo era un metrallazo, tuve que sacarla porque me la mermaban mucho y me ordenaron retirar.

Horas enteras lo hubiera seguido, sin el avance irresistible del sueño que nos invadía después de la marcha del día.

Así que cuando lo ví asando tranquilo, esperando, me alegré mucho, me acerqué al fo-

gón y le entregué unos cigarrillos que había comprado en las Toscas.

Agradeciéndome á su vez, cortó una tira de churrasco y me la brindó.

Aun cuando íbamos á almorzar á una fonda, no pude menos que comérmelo, aunque no fuese más que como vermouth; siempre he sido muy aficionado al asado.

Es un plato que me encanta, lo creo el mejor y el más sano de todos; en su simplicidad tiene un sabor exquisito; pero es necesario saberlo asar; demasiado crudo ó demasiado cocido pierde un ochenta por ciento de su valor, el punto debe ser un término medio para comerlo jugoso.

Así tiene la particularidad de dejarse comer sin necesitar acompañarlo con nada, si se puede con pan y sino solo; no desmerece por eso.

Después de almorzar, seguimos nuestra marcha retrógrada de vuelta á Reconquista, esperando llegar lo más pronto posible. Me parece que después de tanta literatura hemos tenido tiempo de llegar.

Es domingo, estoy en el hotel, pronto para salir el lunes con dirección á las Chilcas.

Todo está listo, y como no tengo nada que hacer, salgo al patio y me acerco á una rueda donde están de riñas.

Nunca había visto riñas, y se explica como que he sido y soy enemigo declarado de todo lo que es juego.

Rara vez y como por complacencia con algún amigo he asistido al Hipódromo, á las riñas nunca, y solo ví esas porque no podía hacer á menos como viajero.

Alrededor de un lienzo salpicado de sangre y plumas pegadas, sostenido por unos palos clavados en el suelo, formando un picadero en miniatura, los paisanos sentados en cuclillas, seguían con la vista ansiosos el desenlace de la pelea de dos gallos, que recién se conocían y sin más ni más se habían trenzado á puazos y picotones, para satisfacer la necesidad del juego en esa gente enviciada, que no se divierte sino se despluman peor que esos pobres animales.

En esa riña reinaba gran entusiasmo por-

que los gallos eran de calidad, los dos cría Calcuta.

No soy entendido en la materia, pero si la calidad dependía de las ganas con que se agarraban, puedo asegurar que eran de calidad superlativa.

Se trenzaban sin compasión, se atropellaban y quedaban con los pescuezos enroscados, sacudiéndose picotones á diestro y siniestro, y cada momento se oía el ruido del aleteo, y zas se administraban un puazo, mientras la sangre salpicaba aquel lienzo sucio.

Un batará tenía grandes apuestas en su favor, y no chicas fueron las exclamaciones cuando quedó tuerto de un puazo que le administró su rival, un negro.

Pero no aflojó, y retirándose un poco como para medir distancias, con las pocas plumas de su cuello pelado erizadas, lo atropelló, y en ún volido le pegó dos puazos según los inteligentes.

Volvieron á chocarse con sus puones de lata ensangrentados, y cuando cesó aquel



volido en que volaron muchas plumas, ví al negro tendido, ensangrentado y sin vida, mientras que el batará triunfante daba vueltas como un loco por el redondel, con el cráneo traspasado.

Ganó el batará, como gallo no podía hablar, pero cuando cayó á su vez para morir, nos miró con el ojo que le quedaba, y yo como aficionado á la fantasía me pareció ver uno de aquellos gladiadores vencedores, pero heridos de muerte, que exclamaban en sus postrimerías saludando al emperador :

*Ave Cesar morituris te salutant.*

Aquellos eran llevados al *espoliatorium*, pero estos menos felices, nos fueron galantemente servidos en guiso esa noche. Instintivamente tomé la lista y leí: *Pollos guisados á la francesa.*





## CAPÍTULO VII

### De Reconquista á Guaycurú Viejo

PROVISIONES. — MONTE. — BARREROS. — REMINISCENCIAS DE FÍSICA. — MAL ABRIGO. — LAS TORTILLAS RÁPIDAS. — COMO SE COME EN VIAJE. — POSICIONES POST MORTEN. — LA CAÑADA DEL TOBA. — EL FORTÍN SUBTENIENTE RIVAS. — EL ALFÉREZ BENVENUTO. — MI MODO DE DIBUJAR. — EL INTERIOR DEL FORTÍN. — LAS MAÑAS DE LOS INDIOS PARA ROBAR CABALLOS. — LA VIDA EN EL FORTÍN. — UNA ESTATUA VIVA. EL FORTÍN GUAYCURÚ VIEJO.

**M**uy temprano salimos rumbo Oeste, las mulas á pesar del viaje anterior prometían llegar hasta las Chilcas; en los alrededores de Reconquista, compramos á unos colonos españoles un par de docenas de chorizos, huevos y un queso; además llevábamos provisiones de charque, vino, galleta y dulce, nos quedaban cuatro porrones de ginebra buena que, á más de uno que llevábamos á mano, estaban bien escondidos en el fondo de las árganas del carguero, cariñosamente envueltos en unas bolsas viejas.

Dejamos atrás los últimos ranchos que rodean á Reconquista y entramos en un monte ralo lleno de árboles altos, en su mayor parte quebrachos colorados y algarrobos que el hacha de los leñateros no tardaría en vóltear, en este monte de trecho en trecho encontrábamos barreros ó trozos de tierra desprovista de capa vegetal, apareciendo blancos por el salitre que contenían, el que brillaba herido por la luz del sol; mientras ese mismo sol reproduciendo en el suelo sus múltiples imágenes al pasar á través de las hojas de los árboles, me recordaba el grabado tantas veces visto en los textos de física al tratar de la luz.

Inútil es decir que mi cartera consignó la importante observación. Esos discos luminosos que salpicaban la tierra me llenaron de placer; me parecía ver al profesor Rosetti, en la amplia clase del Colegio Nacional, explicándonos el fenómeno con aquel modo persuasivo, propio, y yo oyéndolo con una sonrisa de satisfacción aprobando todo. En aquel momento no me figuraba, que lo mis-

mo podía observar en el bajo de la Recoleta entre los sauces ó bajo cualquier árbol, no nada de eso, el fenómeno lo había constatado en el Chaco y eso bastaba.

Dejamos el monte para entrar en unas cañadas, que atravesamos salpicándonos mutuamente, y cuando volvimos á meternos entre los árboles fué por corto tiempo, porque dimos de narices con el espléndido arroyo del Mal Abrigo, feno de agua por las continuas lluvias anteriores.

A la sombra de unos quebrachos colosales, mientras esperamos al canoero, almorzamos.

Romero cuidadoso y en previsión de que lós chorizos no se echaran á perder, nos preparó en la olla, con los huevos, sal y un poco de grasa de chancho, una formidable tortilla, que salió de forma cóncavo-convexa más ó menos cruda pero perfectamente comestible, á la que hicimos los honores debidos, teniendo principalmente en cuenta, que eran ya cerca de la una, y sólo los mates matutinos eran nuestro lastre estomacal.

¡Ah! Cuando se habla de los placeres de la Rotisserie, del Café de París, de las mesas espléndidas; si allí se comiera con el gusto y sobre todo con el hambre de un viaje en mula y un poco despues del horario acostumbrado, estoy seguro que los que hacen ese negocio no duraban, se fundían irremisiblemente.

En viaje no se come, se engulle lo más que se puede sin temor á las apoplejías, dilataciones dél estómago, indigestiones, gastralgias, etc., se traga por llenar un estómago rabioso, azuzado por las cantidades de jugo gástrico que segrega y por el estimulante del aire puro que se respira, combustionando las grandes cantidades de materias que se gastan por el ejercicio continuado.

Las levantadas, ó mejor dicho madrugones, le quitan á uno hasta la intención de una jaqueca ó dispepsia, como me sucedió; los primeros días abatirán un poco, pero despues, es bueno que uno de responsabilidad guarde las provisiones.

El canoero llegó, y ya del otro lado vol-

vimos á ensillar emprendiendo la marcha de nuevo por entre una picada ancha, que debía conducirnos al fortín Toba ó Subte-niente Rivas.

Durante el almuerzo había hecho buena caza de insectos descascarando los árboles vecinos y durante la marcha tenía como entretenerme, aligerando mi frasco de Cianuro de Potasio, asfixiador científico que mataba como cualquiera otro; de los despojos aun blandos, porque no puedo decir calientes, de mis víctimas, que guardaba cuidadosamente en cartuchitos de papel preparados *ad hoc* que á su vez iban á parar á mi cartera que entre pecho y espalda llevaba.

En los intermedios que me daba la mula de sosiego durante aquel andar monótono, no cesaba de admirar los efectos rápidos del mortífero agente, que oculto bajo una capa de yeso en el fondo del frasco, despedía por entre sus poros los invisibles dardos letales que herían rápidos á la víctima, dejándola exánime en las primeras contracciones agónicas.

Me llamó mucho la atención una posición curiosa y bastante común, sobre todo en los carábicos, que morían, en general, con una ó las dos patas posteriores estiradas, y una de las anteriores, como clamando al cielo por el atentado científico de que eran víctimas.

En mi libreta encuentro diez y seis páginas que siguen sobre posiciones de insectos *post mortem*; pero quiero evitarle al lector esa tirada estética.

Con ó sin frasco de cianuro, los mosquitos se hacen sentir, el sol empieza á declinar y un ruido grilloide y ranoide nos anuncia la proximidad de la laguna ó gran cañada del Toba, que espléndidamente iluminada por los últimos rayos rojos de un sol poniente, se nos aparece como incendiada.

Llena de juncos y camalotes, rodeada de un monte alto y espeso, matizada de trecho en trecho con el albo plumaje de las garzas, aquel gran lago de agua tranquila y titilante nos arrobó por un largo rato contemplándolo.



Pero los milicos, más prácticos y hartos ya de cuadros de naturaleza salvaje, para que del fortín « Subteniente Rivas » nos mandaran la canoa, dispararon dos tiros al aire que, retumbando hasta perderse á lo lejos, hicieron levantarse una bandada de patos que cruzó el espacio en líneas regulares, lanzando sus graznidos característicos.

Con su vuelo pesado, se movieron las garzas para asentarse más allá, y todo quedó en silencio, reanudándose la interrumpida música de la gran orquesta de grillos y ranas, que volvió á hacernos oír sus estridentes sonidos.

Llegó la canoa, y cubierto con un gran sombrero de paja, el Subteniente Benvenuto, comandante del fortín.

Después de los saludos de estilo nos embarcamos, y á los cinco minutos de navegar entre aquella agua llena de vegetales, llegamos al fortín, situado sobre la orilla de la cañada.

No olvidando mis aficiones de coleccionista durante la navegación, me entretuve

en recojer camalotes, entre cuyas raíces encontré muchos carniceros acuáticos interesantísimos, así como también caracoles y pequeños crustáceos.



Sintiendo fuese tan tarde, desembarqué, y mientras entregaba algunos trastes á los milicos que salieron á recibirnos, saqué con toda parsimonia mi libreta y tomé un croquis del fortín.

No sé dibujar, ignoro hasta sus más simples rudimentos; pero tengo una paciencia tal que, después de mucho trabajo, algo saco, á lo menos lo suficiente para entregar datos á los dibujantes, quienes hasta ahora he tenido la suerte de que me los interpreten muy bien.

No me preocupo nunca de las sombras, sólo trazo las líneas generales y al lado dibujo los detalles necesarios, que con su número correspondiente han de aplicarse á tal ó cual parte, de manera que tiene que salir exacto el dibujo.

Este sistema me ha dado siempre muy buenos resultados y se lo recomiendo á los que como yo no sepan dibujar.

El fortín se llama «Subteniente Rivas», antiguamente «Toba», cuyo nombre fué mudado en memoria de un joven oficial del Batallón Marina, que mandado en comisión, no volvió á aparecer más, y se supone que, habiéndose extraviado, lo mataron los indios ó se lo comió un tigre. Fueron inútiles todas las partidas que se mandaron en su busca;

el desgraciado joven tiene su tumba ignorada en la inmensa selva del Chaco.

Dentro de un gran foso y rodeado por una fuerte palizada de gruesos troncos clavados á pique, uno al lado de otro, se hallan dos ranchos; en el patio dejado entre éstos se levanta un asta-bandera.

Otro corral al lado del fortín sirve para encerrar las mulas ó caballada; este se halla también dentro del foso.

Por un puente de madera levadizo, situado á la entrada del fortín, se comunica con el exterior.

En uno de los ranchos se hallaba la tropa. 15 hombres que guarecían aquel puesto, y en el otro vivía el oficial.

El mueblaje era muy pobre: una mesa descuajeringada, un catre de guascas y un baul-petaca de cuero eran todas sus piezas, más unos trozos de madera que servían de sillas.

Algunos diarios viejos, un novelón de Fernández y González, unas ordenanzas y un Manual del cabo, sargento, etc., consti-

tuían la Biblioteca del Subteniente, leída y releída un sinnúmero de veces.

En el fortín no existían mujeres, así que los soldados tenían que lavarse la ropa, co-sérsela, remendársela como podían, y fúera de aquel servicio de centinela y cuidar la caballada, pasaban su vida inactiva, ma-tando sú ocios de tiempo en tiempo con alguna cacería por los alrededores para tener carne fresca.

El único trabajo fuerte de vigilancia que los ocupaba, era el de cuidar la caballada, pues es sabido lo astuto que son los indios para apropiársela cuando uno se descuida.

Tienen mañas especiales; ellos bien saben que para el cristiano no hay como dejarlo de á pie para cortarle los medios de persecución, y á eso es á lo que atinan primero. Una de las más curiosas es irse acercando á la reyunada mientras está comiendo, pegados á un caballo manso que llevan del bozal muy corto, y así van aproximándose despacio, hasta que se entreveran, y una vez entre los caballos, saltan en pelo y con unos cuan-

tos alaridos los hacen disparar, arreándolos.

Otras veces á imitación de los hotentotes, se cubren con pajas y así consiguen acercarse poco á poco, empleando á veces varias horas para andar un trayecto de dos ó tres cuabras.

Estas operaciones las saben hacer en las abras, que es donde pastorean las cabaladas.

El fortín donde nos hallábamos había sido anteriormente teatro de un gran asalto, llevado á cabo por los indios, que según contaban, habían concluido con la guarnición; no sé lo que habrá de cierto, nunca pude hablar con ningún oficial del 12 de caballería, el valiente regimiento que hizo gran parte de la campaña del Chaco, y fué el fundador de esa línea de fortines por donde pasaríamos.

La vida de fortín es una de las peores, un oficial ilustrado se debe aburrir mucho y debe pasar momentos de verdadera angustia moral, allí no se sabe con quién hablar, ni que hacer, con los soldados es necesario, por

la disciplina, conservar la distancia entre subalterno y superior.

¿Leer? pero que pronto se agotan los libros en el Chaco; es una cosa lo más curiosa el modo y la avidez con que se devoran los libros. Como por economía de velas uno se acuesta temprano, se levanta también temprano, así que se tienen disponibles seis horas diarias para leer, en seis horas se lee mucho, y al mes ciento ochenta horas devoran cualquier libro, aun el Diccionario de la Academia Española, que seguramente no es de los más entretenidos.

Como llevaba unas novelas de Paul de Kock, que entonces hacían mis delicias, se las regalé al Subteniente para que se entretuviera.

Esa noche mi compañero volvió á brindarnos con sus famosas tortillas, esta vez fueron hechas en un plato de fierro, y resultaron de forma más artística.

Después de cenar, á pesar de mis protestas, me tocó el catre de guascas; en él me dormí tranquilamente hasta que el trompa

del fortín nos despertó al amanecer del otro día, con una diana resfriada.

Antes de salir, mientras tomamos mate, se hizo cavar la sepultura de un indio que se hallaba cerca, para llevarnos el cráneo.

En esta operación recién me di cuenta de la repugnancia que prueban cierta gente en andar con los muertos.

Nuestro soldado es muy guapo, valiente, muy apto para lidiar con los vivos; pero cuando se trata de andar con muertos no deja de manifestar su descontento, felizmente cuando me apercibí, ya teníamos el cráneo en una bolsa junto con un esqueleto de tigre que estaba tirado al lado del fortín, donde lo habían muerto.

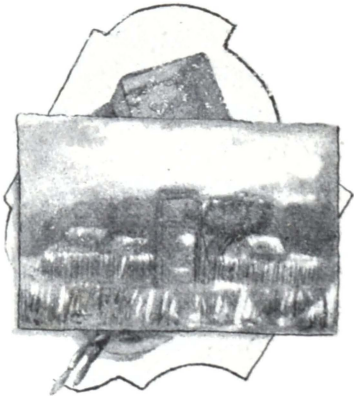
Me llamó la atención un húmero cubierto en parte por una fuerte exóstosis seguramente á causa de algún mordiscón recibido en pelea con algún otro tigre.

Dejamos algunos objetos de colección para recojerlos á la vuelta y seguimos rumbo para el fortín Guaycurú viejo, al que llegamos después de andar unas cinco leguas largas.



entre picadas pantanosas interrumpidas por grandes abras.

En una de éstas vimos algo que puede servir de tema para una espléndida estatua al desembocar en ella nos llamó la atención en el otro extremo un magnífico toro, alzado de pie como clavado en el suelo, con la cabeza erguida, lanzando espuma por la boca, las narices dilatadas, que bramaba espantosamente, mostrando el pecho desgarrado, manando sangre. Con una de las patas delanteras escarbaba furioso el suelo levantando una nube de tierra.



Aquel animal, aquella postura, aquellos bramidos; todo ese conjunto era imponente.

Ha andado con el tigre, dijeron los soldados, la herida lo revelaba, solo las garras de uno de esos temibles carniceros podían haberla producido; debió haber habido lucha pues el enemigo había tocado retirada, quizás corneado....

Quedamos con la duda, no sé lo que hubiera dado por asistir á un espectáculo de esos, verdaderamente de sabor romano, allí en medio de las selvas, mucho más solemne que en un circo lleno de concurrencia.

El fortín Guaycurú viejo estaba abandonado, es el más grande que hay hasta las Chilcas, como todos se halla situado en una abra, posesión ventajosísima, pues se pueden defender dos bocas de picadas y al mismo tiempo se está más garantido de las sorpresas por parte de los indios.

El corral de palo á pique era muy grande y dentro de él había cuatro ranchos vastos, dispuestos en una línea con frente á la puerta de la palizada.

Los ranchos todos eran de palo á pique atados con guascas y techos de paja.

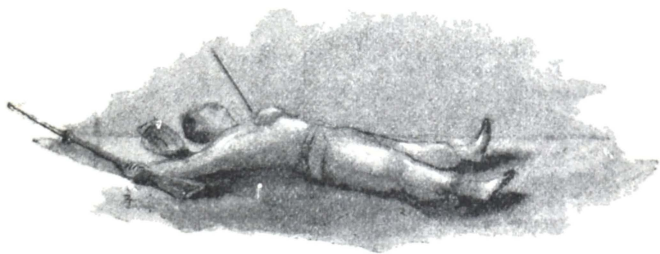
Delante la puerta del lado exterior de la palizada, se hallaba un magnífico mangrullo ó mirador de dos pisos, de tablas de algarrobo y vigas de urunday, muy bien hecho, con una escalera asegurada en el suelo; el mirador podía contener 20 hombres cómodamente.

Este fortín debe haber sido á juzgar por sus comodidades el asiento de un fuerte destacamento, podía ser ocupado por 80 hombres con holgura.

Daba lástima ver, qué tanto trabajo llevado á cabo con verdadero sacrificio por nuestros sufridos soldados, sin elementos de ninguna especie, quedase abandonado á merced de cualquier estúpido mal intencionado que le prendiese fuego.

Todos esos enormes troncos de la palizada, que han tenido que ser cortados, labrados á fuerza de hacha, y despues arrastrados á la cincha ó con bueyes, para que una vez colocados y ya en condiciones de servir, ser abandonados por una orden de marcha, avanzando siempre, ganando terreno á la


civilización continuamente; y, mientras el pobre soldado ensartado en la lanza del salvaje exhalaba el último suspiro, el particular compraba esas tierras frescas de sangre aún y en la Bolsa especulaba con ellas.



## CÁPITULO VIII

### De Guaycurú á las Chilcas

MARCHA DE NOCHE. — BARRO Y AGUAS ESTANCADAS. — POBRES MULAS. — EL FORTÍN OLMOS. — EL MATE. — LO QUE ENSEÑAN ESTOS VIAJES. — LAS VINCHUCAS. — EL FORTÍN AGUILAR. — EL ARROYO CALCHAQUÍ. — RASTROS DE TIGRES. — LAS LEYENDAS SOBRE EL OSO HORMIGUERO. — LLEGADA Á LAS CHILCAS. — LOS BOLICHEROS. — EL CORONEL CARLOS MARÍA BLANCO. — INFLUENCIA DE LOS RETRATOS. — EL TENIENTE OSVALDO GODOY. — EL DR. EYLE. — LA LISTA DE LA TARDE. — EL FINAL DE AIDA EN EL CHACO.

OMO el calor era insoportable, resolvimos despues de almorzar dormir una buena siesta, para seguir viaje de noche.

A las 8 más ó menos concluimos de cenar y con una luna espléndida dejamos al fortín Guaycurú y nos internamos en la picada, que debía conducirnos al fortín Olmos.

Las lluvias anteriores habían puesto el camino á la miseria, marchamos entre un barrial sin fin. •

El monte ya ralo, ya espeso, continuaba

siempre y aquella marcha chapaleando barro y agua fétida se hacía cada vez más insoportable; cuando desembocábamos en una abra veíamos sobresalir de aquel mar las cabezas de los innumerables tacurús cada vez más grandes aumentados por la luz de la luna, que melancólicamente iluminaba todo á nuestro alrededor.

Nuestras pobres mulas pagaban bien esa noche su descanso del día anterior, ya se hundían hasta más arriba de la rodilla, ya se sumían de golpe en algún pozo haciéndonos temer un baño involuntario á cada momento; lo que les valía algunos rebencazos, injustos por cierto, pero necesarios para que tuviesen cuidado.

En aquel infierno de agua, aquí caigo y aquí levanto, cada momento detenidos por alguna rama que se cruzaba delante de nosotros, mojados, salpicados, á la miseria, tiritando con el fresco de la noche y aspirando aquel hedor insoportable de las aguas estancadas que revolvían el chapaleo continuo de las mulas, al son de los gritos de los sol-

dados y del ruido seco de los rebencazos; pasamos 5 horas interrumpidas por pequeños trechos secos que nos daban una pequeña esperanza de buen camino para desvanecerse pronto, llamándonos á la realidad otra vez la superficie brillante del agua que se perdía delante de nosotros.

Llegamos á Olmos; el fortín en ruinas me hizo una impresión dolorosa, su palizada casi del todo destruida, su interior lleno de yuyos altos y el techo de su gran cuadra agujereado, dejando pasar grandes manchas de la luz pálida que iluminaba su interior, le daban un tinte de tristeza indefinible.

La alegre fogata que habían prendido los soldados me hizo cambiar de ideas y toda mi preocupación entonces, se limitó á esperar que se calentara el agua y tomar unos mates que mucha falta me hacían.

Entretanto Benítez arreglaba nuestras camas, y como un pachá arrellenado en ella empecé á sorber poco á poco con satisfacción el sabroso maté cebado de mano maestra, que bien caliente, al descender por mi exó-

fago, me llenaba de una dulce beatitud.

Que feliz es el hombre en esas condiciones, cómo enseña un viaje de esos, adonde van á parar todas las delicadezas y las estúpidas pretensiones del orgullo mal entendido.

Allí con cualquier cosa uno se contenta y



gracias todavía, que encuentra siempre algun buen asistente que le sirva bien y con gusto.

Muchas veces he deseado, que muchos tontos de esos á quienes todo incomoda y para quienes el trabajo del hombre no representa nada; que tratan mal á un sirviente, al mozo del restaurant ó al portero



por una demora de segundos insignificantes, ó por cualquier pequeño descuido; creyéndose autorizados á hacerlo así, por la razón sin razón de que les pagan: se encontraran por allí sin recursos y sin saber hacer nada, ni darse vuelta sin el auxilio de los peones ó asistentes que lleven. Quisiera verlos sino bajaban el gallo y muy humildes tratarlos bien para ser bien servidos.

Los viajes enseñan mucho y sobretodo, enseñan á vivir.

Gracias á que estaba muy cansado despues de esa marcha infernal, pude dormir perfectamente, sin sentir las caricias del pico de las vinchucas, las que según observé á la mañana, por las ronchas que me dejaron, debieron haberse entretenido mucho conmigo esa noche.

Ensillamos temprano y dejamos el fortín Olmos que antes se llamó Guaycurú viejo, pero cuyo nombre le fué cambiado por el del oficial del rejimiento 12 de caballería, muerto de un lanzazo por los indios, en un asalto dado á una toldería.

La marcha siguió mejor, ya no tuvimos que chapalear barro y tranquilos llegamos al fortín Subteniente Aguilar, otra víctima de los indios perteneciente también al 12 de caballería, este fortín llamóse Golondrinas, el que encontramos también en ruinas; la palizada casi toda destruida; uno de los ranchos incendiado y la cuadra y otro rancho separados de este, casi en el suelo.

En Aguilar nos detuvimos muy poco, pues teníamos interés de llegar lo más pronto posible á las Chilcas, cuartel general de esa línea de frontera.

Cruzamos el arroyo Calchaquí, muy ancho y displayado, pero con muy poca agua, vimos muchos patos y gansos y en el barro de sus orillas algunos rastros de tigres.

Desde el fortín Toba, veníamos viendo rastros de tigres, no muy abundantes pero si comunes, y más de una vez pensábamos que no era muy prudente largar las mulas, pues podríamos fácilmente perder alguna.

Por nosotros no había que temer estando bien armados y juntos como íbamos, el ti-

gre trataría de elegir una presa más fácil, de más bulto como eran nuestras cabalgaduras y sin exponerse á recibir un chumbo.

La primer vez que ví el rastro del tigre, esa manopla estampada en el barro perfectamente visible con sus dedos bien marcados, no dejó de llamarme la atención y hasta la dibujé en mi libreta, pero despues se hizo tan común, que no le dí más importancia.

Frecuentemente veíamos otros rastros de avestruz, aguará-guazú, gato montés y una sola vez de oso hormiguero, curioso tambien, pues parecía que hubieran dado navajazos paralelos por el suelo.

Los soldados contaban leyendas sobre combates entre tigres y osos hormigueros, pero ninguno los había visto, eran cuentos que pasaban de unos á otros sin conocerse el origen; segun ellos el oso hormiguero al ser atacado por el tigre, se hecha de espaldas y lo que el tigre lo carga le entierra sus largas uñas en los flancos y alli quedan muertos en un estrecho abrazo, per in secula seculorum.

No se lo que haya de verdad en esto, pero como me lo contaron, te lo cuento.

Azarà refutó la posibilidad de estas luchas entre el tigre y el oso hormiguero, pero Bates asegura, que uno de estos hirió gravemente á su perro favorito y Tschudi cuenta, que fué agredido por uno herido y que le dejó en un brazo por varios días la huella de sus uñas, en forma de manchas pardas y azules.

Poco á poco empezamos á entrar en un abra grande ó más bien un gran fascinal y distinguimos el mangrullo de las Chilcas con su centinela que aparecía del tamaño de un escarbadiete.

No dejó de alegrarnos esa vista, apuramos la marcha y oímos las cornetas de la banda lisa que ensayaban.

Aquellos toques de corneta agudos allá en medio del Chaco agradaban; más adelante distinguimos el ruido de los tambores y poco despues encontramos á una comisión, que salía á reconocernos; inútil es decir, que desde el oficial hasta el último soldado lo

que vieron llegar al pagador con seis meses de sueldo, se alegraron.

Muchos saludos y cumplimientos se cruzaron y juntos hicimos nuestra entrada triunfal en el pueblo de las Chilcas, ocupado por el grueso del batallón Infantería de Marina y residencia del jefe de la línea de frontera norte de Santa Fe, Coronel Carlos María Blanco.

Los soldados, mujeres y sobre todo los bolicheros que nunca faltan donde hay tropa, nos miraban sonriendo, éstos últimos sabiendo muy bien, que una gran parte de los pesos que llevábamos iban á parar á sus manos, días más ó menos, cobrándose la multitud de fiados de los soldados, que concedidos como favor especial, llevaban en ellos la friolera del 300 % de ganancia.

Las carretas, negocios ambulantes quedarían vacías de cuanta atrocidad industrial tenían, que desafiaban impunemente á la entrometida oficina química, y sus dueños volverían muy tranquilos cargados de cueros, acompañados hasta Reconquista, con el pri-

mer destacamento y con los bolsillos llenos.

Razón tenían de estar contentos.

Inmediatamente de llegar fuimos á presentarnos al bravo Coronel Blanco, quien me atendió con su habitual benevolencia.

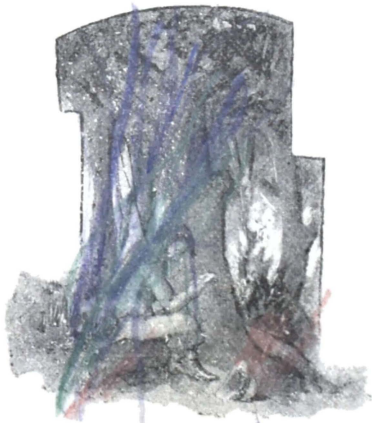
El coronel habitaba la comandancia, una casa grande de tres piezas con corredor, situada frente á una plaza enorme, toda de ladrillo con techo de teja.

El mueblaje era muy sencillo y me predispuso mucho en favor de él, al ver en su cuarto dormitorio, por todo adorno en la cabecera de su cama, los retratos de su familia y entre ellos algunas cabecitas infantiles sonriendo, que hacían las delicias del coronel, quien con orgullo de padre me mostraba, consolándose de su forzosa separación al contemplarlas con amor.

Verdaderamente, la fotografía ha hecho un gran progreso en el sentido de hacer más llevadera la ausencia.

Esos pedazos de cartón han proporcionado más consuelos y placeres á la humanidad que cualquier otra cosa.

Soy soltero, pero no dejo de llevar en todos mis viajes los retratos de mi familia, y declaro que en los malos ratos me han proporcionado muchas satisfacciones.



El retrato de mi madre, el de mi padre, me han confortado más de una vez, cuando desesperado, aniquilado, quebrado por la fatiga en más de un viaje, en el desierto ó en la selva he estado á punto de flaquear.

Con el permiso del Coronel Blanco, nos retiramos á casa del Teniente entonces, Os-

valdo Godoy, brava persona, donde nos instalamos á instancias suyas.

Allí, rodeados de la distinguida oficialidad, juntos con el Dr. Eyle, que fué médico del histórico colegio del Uruguay, empezamos á charlar, mientras el sol siguiendo su curso natural, empezaba á declinar poco á poco para sepultarse en el horizonte.

Llegó la hora de lista, las dos compañías y la banda del batallón formaron en la plaza y como buen curioso, fuí á presenciar esta obligación cuotidiana de los soldados.

La banda era bastante buena, dirigida por un maestro italiano y compuesta casi en su totalidad de criollos, que á fuerza de soplar habían aprendido á tocar.

Mientras se pasó lista y se dió el parte, la banda tocó piezas de baile más ó menos modernas, interrumpidas de tanto en tanto por los toques del tambor, que al lado del Mayor, impartía con sus golpes las órdenes del caso.

Concluido el parte, los oficiales alrededor del Mayor saludaron con sus espadas, el



tambor dió un golpe seco, cada uno ocupó su lugar y otros golpes anunciaron la oración, los soldados echaron al hombro. los que no formában llevaron su mano derecha á la visera del kepí, nosotros nós sacamos el sombrero y la banda con gran contento mío tocó en aquel instante solemne el final de Aida.

Esa melodía sublime de Verdi, en medio del Chaco, repercutiendo en las selvas vírgenes y llevada por los ecos hasta perderse tenía algo de imponente; pronto me trajo á la memoria á Buenos Aires, á Colón con su sala iluminada profusamente, su escenario ocupado con una preciosa decoración, á Tamagno y á la Borghimamo, muriendo en el subterráneo cruel, á las coristas rogando al



inmenso Ftá, á la pobre Anneris arrodillada sobre la losa fatal, con su velo negro, y á un estúpido señor de enorme calva, que con gran escándalo mío, se había dormido en su butaca.



## CAPÍTULO IX

### En las Chilcas

EL PUEBLO DE CHILCAS. — EL FARMACÉUTICO FÉLIX GARAY. — MI ESTADÍA EN LAS CHILCAS. — LA CAZA DE GAMAS. — LAS MUJERES. — INDIA PRISIONERA. — LA MUJER DEL SOLDADO. — SUSAFICIONES BÉLICAS. — CONSECUENCIAS DE LA PAGA. — EL JUEGO. — INVENTIVAS ORIGINALES. — UN AGUARÁ-GUAZÚ. — LA CLÍNICA DEL DOCTOR. — LOS INCONVENIENTES QUE ACARREA EL NO SER AMABLE CON LAS MUJERES. — INSOMNIO. — SALVACIÓN. — VUELTA Á BUENOS AIRES. — CONCLUSIÓN.

**A**l otro día empecé á recorrer las Chilcas, el pueblo lo formaba el cuadrado de una extensa plaza, alrededor de la cual se levantaban los distintos edificios destinados á oficinas y habitaciones de los oficiales.

Las Chilcas eran entonces el asiento del jefe militar de la línea de frontera al norte de Santa Fe, que se extendía hasta la provincia de Santiago del Estero por medio de fortines, las fuerzas que las guarnecían eran el batallón Infantería de Marina y el 4º de

línea que formaban]brigada, cuyo jefe era el coronel Carlos María Blanco.

Los edificios de Chilcas, fuera de dos ó tres de material, los demás eran ranchos bien hechos de palo á pique, cubiertos de barro y techos de paja, entre estos sobresalía uno casi concluido, perteneciente al entonces Teniente, hoy Mayor Don Osvaldo Godoy, de los llamados de techo de torta, es decir, formado por una bóveda de ramas arqueadas y cubierto de una espesa capa de barro mezclado con paja, lo que hacía decir al Coronel Blanco en tono de chanza, que una vez concluido no tendría más que ponerle una cruz y destinarlo para iglesia.

Detrás del frente norte de la plaza, había además otra calle donde se hallaban la botica, atendida por un antiguo condiscípulo mío don Félix Garay, el hospital á cargo del doctor Eyle, varios ranchos de oficiales, entre ellos el que habitábamos con Godoy, el del doctor, los de las mujeres del batallón y el Comercio.

Una gran impresión me causó el encon-

trarme con mi antiguo amigo Garay donde menos me figuraba hallarlo; excusado es decir que echamos sendos párrafos acordándonos de nuestros buenos tiempos de colegio.

Mi permanencia en las Chilcas fué sumamente buena, los distinguidos oficiales me trataron con la fineza de que son capaces, todos me invitaban á comer y á almorzar, lo que con el mayor gusto aceptaba, porque debo confesarlo, esa sucesión de pequeños banquetes á cual mejor, donde se abrían tarros de ostras y otras conservas, eran muy gratos á mi estómago hasta cierto punto aburrido de charque.

A la tarde el Teniente Godoy nos invitó para salir á cazar gamas, tenía una espléndida cría de perros galgos, muy aptos para dicha caza.

Anduvimos como dos horas por entre terrenos salitrosos, en parte con muchos tacurús y árboles desparramados, hasta que al fin divisamos un grupo de tres: inútiles fueron nuestras precauciones para acercarnos, los perros de Godoy demasiado impru-

dentes, se lanzaron á correrlas sin resultado, en dos saltos se nos perdieron de vista.

El soldado Cigales que nos acompañaba, entre tanto no perdió tiempo y cazó una mu-  
lita que alrededor de las Chilcas eran muy abundantes. Rara era la casa que no tuviese colgadas de los horcones unas cuantas docenas charqueadas; por curiosidad las probé en puchero y puedo asegurar que son muy buenas.

En un rancho había una india prisionera, que pocos días antes el Teniente Godoy había capturado; envuelta en unos quillangos, con sus trenzas adornadas con unas cintas de lana punzó y el rostro tatuado, permanecía inmóvil, su cara sin espresión miraba indiferente á todos, y solo le relampagueaban los ojos de contento al recibir algunas galletas que le regalé.

En el campamento era bien tratada; á la fecha debe ser la mujer de algún soldado y vestirá traje de percal, si es que no se ha muerto.

A propósito de mujeres, la mujer del sol-

dado es un tipo clásico de nuestro país, que bien merece estudiarse.

El corazón humano, hablo en sentido figurado, porque me guardaría muy bien de cometer un sacrilegio fisiológico, es muy curioso: en él tanto rugen las tempestades de los odios, como soplan dulcemente las brisas del amor; bajo la influencia de las primeras se mata y se destruye, bajo la de las segundas se sacrifica, se muere.

La mujer del soldado, desprovista de las debilidades y gustos exteriores de la mujer de ciudad, no vive sino por y para el marido: para él es todo lo que posee; si trabaja lavando, planchando ó cosiendo, el fruto de sus afanes va á parar derecho á su bolsillo; si marcha, lo acompaña detrás de él á pie ó á caballo, cargada con todos los trastes del hogar; si pelea y está cerca, lo defiende; si es castigado por faltas al servicio, se empeña hasta que obtiene el perdón de sus superiores y mientras que puede, lo tiene con camisa planchada, gran lujo que no siempre consi- gue permitirse.

Ella lo cuida, lo mimas, no le deja faltar nada; se priva de comprarse un vestido por darle dinero, y en pago de todo esto: recibe la posesión incompleta de su ser querido, algún redomado cachafaz que no tiene inconveniente de compartir sus caricias con alguna otra, emborracharse y sacudirle alguna paliza á la mínima observación respecto á su conducta. Y ellas muy resignadas, encuentran siempre como disculparlo, le echan toda la culpa á la otra que engatuzas al *pobre*.

De allí que vayan acumulándose esos odios y celos entre las mujeres, para estallar después de buenas á primeras en cualquier momento, en cualquier parte, donde, en medio de toda clase de epítetos, funcionan el moquete, los arañones, los tirones de pelo que algunas veces se arrancan, los mordiscones, cuando no entran las chancletas, el palo y hasta el cuchillo; mientras que el causante de tanto escándalo, el muy sinvergüenza se destornilla de risa ante sus queridas energúmenas, que concluyen por ir á parar al cuerpo de guardia.



Como es natural, entre los soldados hay de todo; otros en cambio son amables, les gusta tener la mujer bien arreglada y aprovechan una ocasión de pago para comprarles algún corte de vestido, botines, pañuelos de



seda y sobre todo, un frasco de agua florida aceite de la Societé Higienique ó jabón de olor. lujos inauditos que representan pruebas de cariño inmenso, sobre todo si el marido es aficionado al trago ó á jugar.

Las mujeres de los sargentos y cabos son las que lo pasan mejor, no tanto por el tratamiento que puedan recibir del marido,

cuanto por el grado de éste, que hasta cierto punto á ellas les parece también tener derecho.

Raras serán las que dirán solo mi marido, sino hablando de él dirán con cierto orgullo: *Mi marido el sargento tal. . . .*

¿Sería más feliz una duquesa al hablar con orgullo del título del suyo?

Con motivo de la paga muchas se habían armado de pilchas, entre las que figuraba una sumamente codiciada, los botines; es delirio lo que tienen las mujeres de soldados por los botines, y con la venia del coronel se preparaba entre ellos un gran baile.

Pero si bien el dinero que habíamos llevado llenaba de contento á los soldados, llenaba también de trabajo á los oficiales.

Los más veteranos, hombres endurecidos y poco aficionados á los placeres de Venus, adoradores ardientes de Baco eran los que más trabajo daban; con caña, ginebra, y hasta con agua florida se emborrachaban; si se hubieran concretado á dormir la mona, nada hubiera sido; pero en cambio, las tran-

cas les daban por pelear y meter escándalos tremendos.

Otra de las pasiones favoritas del soldado es el juego, con naipes: sin ellos, á cara ó cruz, con una caja de fósforos ó una moneda, á la pajita más larga ó más corta, y hasta sirviéndose de los oficiales jugaban: en las cuadras, en la guardia, en el hospital, por todo.

El coronel y los oficiales eran el blanco principal; sin quererlo, ellos servían para desidir las apuestas; se jugaba á que el coronel ó el oficial tal ó cual pasaría por tal parte, si entraría á tal pieza con el pie derecho ó el izquierdo, si verían al capitán primero que al teniente, y así sucesivamente; la imaginación traviesa de los soldados había inventado mil medios de jugar al verdadero azar, sin necesidad de recurrir al naipe traicionero, manejado generalmente por manos poco escrupulosas.

Entre todas las apuestas oí una muy original: dos soldados de la guardia habían jugado á quien se sonase primero las nari-

ces, si el subteniente de guardia ó un capitán que se hallaba sentado frente de ellos; nõ me preocupé más de saber quién ganó, pero apunto el hecho para hacer ver á los que pretenden con las violencias arrancar de raíz la pasión del juego, que cuenta con tantos recursos; como pierden el tiempo.

El juego desaparece de las sociedades, cuando éstas son suficientemente ilustradas para comprender *que el que juega pierde siempre*; lo demás es tiempo y trabajo perdido; lo único que se hace, y aplaudo mucho, es tratar de evitar las ocasiones y el espectáculo por demás atrayente de los juegos patentados; pero al jugador empedernido no se le podrá curar con prohibiciones ni con consejos, sino con una buena ducha diaria de agua fría, como las que se saben ó sabían darse en cierto establecimiento público á los que tenían la cabeza demasiado caliente, y después hacerlos trabajar duro y parejo, para que sepan cómo se ganan los pesos que no tienen inconveniente en perder en las carpetas verdes.

Una mañana los milicos cazaron un aguará-guazú que andaba rondando por los alrededores, no dejó de alegrarme la cosa, tanto más que con Romero le preparámos el cráneo haciéndolo hervir cuidadosamente.

El aguará-guazú es nuestro lobo y abunda en el Chaco; es dañino pero no temible, al ver gente dispara rápidamente gracias á sus largas patas, no conozco caso en que haya hecho frente.

Me solía entretener durante mi permanencia en las Chilcas, asistiendo á la clínica del Doctor: juntos íbamos al hospital, bastante bueno para aquellas alturas, en el que no escáseaban por cierto los enfermos; la generalidad de las enfermedades eran ó de los órganos respiratorios ó del aparato digestivo y alguno que otro caso de heridas ó lesiones corporales, como golpes de á caballo, etc.

Como es natural, nos acompañaba el boticario D. Félix Garay.

La botica estaba bastante bien surtida, y las mujeres eran las más asiduas parroquianas en busca de remedios, á pesar de que

no dejaban por nada la farmacopea popular criolla, en la que el sebo y la ruda ocupan los primeros puestos.

El elemento femenino de las Chilcas no andaba bien con el Doctor, porque según ellas no era muy amable; el pobre Doctor conociendo demasiado bien su clientela, no podía ser muy suave, y como médico militar era algo imperativo, condiciones poco favorables para captarse las simpatías de las mujeres que siempre por más vueltas que den, no dejan de tener las debilidades propias de su sexo y más siendo criollas.

Es un fenómeno que he observado muchas veces, nuestra mujer es esclava de la amabilidad; con un poco de *savoir faire*, uno obtiene de ellas todo lo que quiere, hasta cierto punto, entendámonos.

Sin quererlo, el pobre Doctor era víctima de las venganzas femeniles, no le planchaban bien, no le pegaban los botones, no le componían la ropa y si lo hacían, solo era después de hacerlo enojar y tomar un sofocón.

Por fin se concluyó el pago, y nosotros no teniendo ya nada que hacer, resolvimos volver á Reconquista y embarcarnos para Buenos Aires.

Nos hacía falta, para prueba tenía bastante y hervía de deseos de volver á ver mis amigos y mi familia, los que verían en mí todo un explorador.

Lo que se hablara delante de mí del Chaco ya podría decir con un aire de satisfacción: si yo también he estado. ¡Anch'io son pittore!

Mi libreta desbordando de apuntes, se transformaría en un libro que correría, se haría leer, etc., etc.

No podía estar más satisfecho.

La noche antes de salir, no sé si fué por la emoción de la vuelta ó el muého café que tomé, lo cierto es que no podía dormir, mis compañeros roncaban apaciblemente, y como me había dado más vueltas que las necesarias infructuosamente, resolví prender luz.

Me puse á fumar; como puesta por la providencia, encima de la silla, al lado de la

cama, me encontré un libro grueso, lo tomé y con gran asombro ¡leí en el dorso, escrito con dorados caracteres *La Biblia*.

Por de pronto se me apareció la figura



venerable del Dr. Larsen mi profesor de historia sagrada, pero fué un fofeno.

La abrí por el fin, y muy tranquilamente me puse á leer la Apocalipsis del apóstol San Juan.

Oh! sublimes páginas llenas de cosas incomprendibles!!!



Oh! imaginación fecunda de epiléptico alucinado!!!

No sabes el bien que has hecho á la humanidad doliente con tus páginas llenas de palabras!!!

No sabes la atroz guerra que le has hecho al café y á todos los fenómenos nerviosos factores del insomnio!!!

Como uno de tus tantos admiradores, te proclamo mi benefactor!!!

La sensación agradable que me produjo la lectura de los dos primeros capítulos me hizo cerrar los ojos dulcemente

mas guardad bien aquello que tenéis  
hasta que yo venga. . . .

Al otro día temprano, mientras la diana nos regalaba sus alegres notas, nos vestimos.

Tomamos mate y almorzamos; todo era espléndido; el día prometía ser hermoso.

Un addio se cruzó entre nosotros y nuestros amigos.

Addio repetían los ecos de los montes.

Addio nos contestaban los pájaros cantores.

Addio nos decían las mujeres.

Addio y vuelvan pronto pensaban los soldados, y cuando estuvimos lejos y la brisa matutina me trajo el último eco del clarín que tocaba, me acordé de la noche anterior y juré muy formal al llegar á Buenos Aires comprar, para que eternamente se halle al lado de mi cama y al alcance de mi mano, una Biblia.

En Buenos Aires; aquel último versículo que había leído en la última noche que dormí en las Chilcas por un curioso fenómeno de retentiva, zumbaba en mis oídos.

*mas guardad bien aquello  
hasta que yo venga.*

Abrí mi libreta repleta y la leí con horror; quise ponerme á escribir, y aquella frase, persiguiéndome siempre, me lo impidió.

Obra de romanos se me presentaba el arreglar mis notas, carnereando páginas enteras.

Un desaliento enorme me invadió, y esperando mejores tiempos, sepulté la libreta en un cajón de mi escritorio.

Han pasado algunos años; un día de *spleen*, revolviendo mis papeles, la encontré.

Con alegría infantil empecé á hojearla; el buen humor cernió sobre mí sus inquietas alas é identificándome lo más posible á mí personalidad de veinte años, me puse á escribir este viaje, que concluyo de un tirón.

Al terminar esta parte, mi libreta cerrada destacaba sus tapas negras sobre mi escritorio lleno de papeles blancos.

La miré con cariño, y dándole un gran beso, como el que se da á una criatura al irse á dormir, la tiré al fuego que ardía alegre en la chimenea.



